

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 72.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

15 de Junio de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*Campos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin.

CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Manifestaciones literarias y artísticas*, por Armando Guerra.—*Los malos pastores*, por Octavio Mirbeau.—*París*, por Emilio Zola.

SECCIÓN GENERAL: *La profecía de Leverrier*, por Anselmo Lorenzo.—*El 18 de Marzo*, por Luisa Michel.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO V)

Mientras los filósofos de la tierra siguen la orientación filosófica que se deduce de interpretar los pensadores griegos en sentido escolástico, y los pensadores romanos y alejandrinos en sentido místico, florecen en España pensadores judíos y árabes, autores de una filosofía individualista y en cierto punto revolucionaria, en cuya constitución no es ajeno el genio de Pelagio, el rival más poderoso que tuvo San Agustín.

Pelagio, que nació en Inglaterra y que revolvió la filosofía de la primera mitad del siglo V, contradijo toda moral que no se basara en la naturaleza humana.

En sus viajes por el Africa, trabó amistad con los filósofos alejandrinos y cartagineses, enseñándoles que el pecado original no existe, que el hombre puede ser virtuoso sin la gracia de Dios y que la Naturaleza es pura por sí misma. Tal doctrina mereció la condenación de varios concilios católicos, siendo ahogada por la fuerza más que por la razón de los que la combatían.

A pesar de todo, la parte moral de las ideas del maestro, aquella que se separaba de toda creencia religiosa, la parte verdaderamente filosófica, renace en España en los filósofos antes aludidos.

Con las traducciones sirias, que los árabes encontraron en sus correrías, de las obras de Aristóteles y el Corán, que es un libro de preceptos religiosos, políticos y filosóficos, se formó un sistema filosófico con tendencias naturalistas. No estudiaremos las causas psíquicas de esta orientación intelectual, porque sospechamos que tal estudio nos daría mucho que hacer, y quizá lo que hiciéramos no correspondería ni a los esfuerzos ni al propósito que nos guía al escribir este libro; pero sí que es menester notar el caso de que sean filósofos de raza oriental, comúnmente tenida por incapaz, los que en la Edad Media más se acercan al positivismo y a las ciencias naturales.

La invasión árabe que sufrió la Siria y otras regiones del Asia y el Norte de Africa, al mismo tiempo que puso en contacto dos civilizaciones, extendió por varias par-

tes del mundo, y singularmente por España, los conocimientos científicos de los árabes. Pero al llegar á España, la filosofía árabe se había purificado de los cismas que lleva consigo toda reforma religiosa y política, y, en cambio, habíase impregnado de los cismas cristianos y de la filosofía aristotélica. Así que Arrio, Pelagio y Aristóteles, dejaron su semilla en los cerebros más esclarecidos de la raza invasora.

Primero Alfarabí, espíritu especulativo, y después Avicena, célebre médico, comentan á Aristóteles. El primero le discute su metafísica, y el segundo expurga los tratados aristotélicos de las impurezas neoplatónicas; pero ambos interpretan al maestro en sentido más ó menos positivista, dotando á sus sucesores de un aristotelismo que tuvo por contradictor á Algazalí, espíritu sectario, enemigo de la filosofía y partidario de la reacción religiosa á favor del mahometismo puro, es decir, del escolasticismo mahometano. Esto en Africa. En cuanto á España, la filosofía árabe, después de pasar por un período de protección otorgado por los califas de Córdoba, pasa por una época de persecución.

Almanzor, que tenía sus pujos de filósofo, por envidias ó por preocupaciones, hizo quemar todas las obras filosóficas y astronómicas que existían en la gran biblioteca de Alhaquen, y aun los filósofos corrieron peligro de muerte. Siempre el sable ha sido enemigo del saber.

Con todo, Almanzor pasó á peor estado, y la filosofía recobró su imperio en la persona del gran Avempace, árabe español que nació en Zaragoza en el siglo XI.

Este pensador entendía que, para pensar bien, es preciso no apartarse de la ciencia ni de las facultades racionales. Era Avempace positivista en teoría, por más que en la práctica abusaba de lo ideal y de lo contemplativo.

Publicó, emulando á Platón, una especie de estado político que tituló *El Régimen del Solitario*. En este libro se preconiza la necesidad de un hombre superior, á semejanza de Nietzchi, que sea como el oráculo de la masa y que viva una vida ideal superior á su tiempo. En cuanto al régimen político que ha de regir á los hombres, es una especie de divinidad terrenal, es decir, el gobierno del filósofo hecho Dios.

Abubeke (Tofail), que nació en Guadix á primeros del siglo XIII, preconizaba la dignificación del individuo por un esfuerzo personal. Significa esta idea, francamente individualista, un elevado concepto del hombre y poca confianza en sus redentores. Todo aquel que considera á los seres humanos capaces de emanciparse por sí mismos, reúne gran fuerza de voluntad y no escaso caudal de conocimientos científicos, particularmente fisiológicos y psicólogos. No en vano Tofail fué un médico notabilísimo. Su máxima era: la educación por uno mismo primero, conforme las necesidades sentidas, y después el estudio de las concepciones morales de los grandes apóstoles. Para dar una idea de la de Tofail, citaremos á Rousseau, con su carácter retraído y sus obras de educación, aunque Tofail fie más en el individuo, quizá porque la influencia del medio no había sido lo suficiente estudiada. La moraleja ó el propósito de nuestro autor es, que el hombre puede elevarse á ser superior por sus propios méritos, sin más auxilio que su razón, pretendiendo probar y probando, en nuestro sentir, que es más digna y más rápida la acción de la razón individual, que la de la colectividad y la de la fe. Claro que para esto se necesitan unas condiciones personales que no todos reunimos, y un ambiente social en conjunción con las facultades del individuo.

Como gran recurso para la dignificación del alma, propone Tofail la limpieza del cuerpo, la higiene corporal, medio perfectamente de acuerdo con la fisiología moder-

na, la cual dice que, sin un buen estado de salud y sin comprender la relación directa y estrecha que existe entre el cuerpo y el cerebro, ó sea entre las facultades materiales y las espirituales, no se pueden apreciar los fenómenos del entendimiento ni el influjo que en él tienen las costumbres, el hábito, la educación, los recursos y la herencia del individuo.

La religión de Tofail puede apreciarse diciendo que para dicho filósofo la esencia de las cosas es la ciencia; que el hombre no tiene esencia propia, sino que la suya es igual á la de las cosas.

Negaba, por consiguiente, el origen divino de la criatura humana, y defendía el panteísmo, la religión del universo. Pero en el panteísmo de Tofail se endiosa al espíritu, se propaga la contemplación del sér mismo, de aquel que ha logrado elevarse hasta el éxtasis. Demuéstrase que el panteísmo de nuestro autor era un panteísmo místico, á pesar de sus crudezas naturalistas.

*
* *

También los judíos españoles tienen sitio entre la filosofía.

Salomón Ben Gebirol, que nació en Málaga en 1020, es uno de los más afamados.

Este filósofo sostenía que la materia es para el alma lo que los signos alfabéticos para el lector: un modo de expresión; exponer hechos por medio de los cuales podemos deducir qué es el mundo y nuestra vida. La substancia simple es un medio de comunicación entre el hombre y el universo. Los rayos del sol llegan á nosotros por esta substancia (1), y por ella conocemos las cosas. El alma, substancia simple según nuestro filósofo, lo descubre todo porque puede intervenir y sumergirse en todas partes como cosa incorporeal. Se refiere al poder del genio, que adivina las cosas sin verlas, condición que atribuye á la sutilidad del alma.

Gebirol se asemeja á Tofail en cuanto la importancia que da al esfuerzo individual.

«Si quieres comprender la substancia simple, es necesario que eleves tu pensamiento hasta el último ser ininteligible; que te limpies y purifiques de la inmundicia de las cosas sensibles; que te desates los lazos de la naturaleza, y que llegues, por la fuerza de tu espíritu, á conocer lo incognoscible y ha despojarte de la substancia sensible como si nunca la hubieses tenido.»

Esto es: si quieres ser digno, elévate por tu propio esfuerzo sobre las miserias humanas, y entonces comprenderás la grandeza del Universo; mata en ti lo que hay de humano y serás superior á la Naturaleza, acercándote á su autor.

Por este camino se llega á la glorificación de la muerte y del martirio. Es eso una especie de herejía espiritual para los materialistas que aman la vida y sus pasiones bellísimas; y es una herejía para los espiritualistas que establecen gran diferencia, diferencia insalvable, entre lo creado y el creador.

La Fuente de la Vida, de Gebirol, es un canto á la muerte de las pasiones de la naturaleza humana, cayendo al fin en el dogmatismo, y por ende, en la escolástica. Es una degeneración del individualismo místico de Avempace, puesto que el filósofo árabe alaba la negación completa del individuo material, para purificar y asistir sólo al individuo espiritual. Ambos ignoran que el espíritu, ó lo que llamamos espíritu, es una consecuencia de la materia, y que no hay buenos pensamientos sin buenos cuer-

(1) Fíjense nuestros lectores en la intuición de este pensador; lo que llama substancia simple, son nuestras ondulaciones etéreas.

pos, es decir, ignoran la relación que existe entre el cuerpo y el cerebro, y por esto creen que el espíritu ó el pensamiento puede existir anulando la parte material del hombre.

Siguiendo esta senda, Gebirol llega á decir, como Tofail, que la esencia de las cosas es la del hombre (origen común de las especies, darwinismo); pero que éste las estudia, y en su estudio se confunde con la primera materia, con la esencia del mundo, cuando deja y desprecia todo lo que en él hay de material.

FEDERICO URALES.

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

(Continuación.)

Hubo un tiempo en que Inglaterra tenía casi el monopolio de la industria algodonera; pero ya en 1880, sólo poseía el 55 por 100 de todos los husos que funcionaban en Europa, los Estados Unidos y la India, (40.000.000 de 72.000.000), y muy poco más de los telares (550.000 de 972.000). En 1895, la proporción se vió de nuevo reducida á 41 por 100 en los husos (45.300.000 de 91.340.000) (1), perdiendo así terreno mientras las demás lo ganaban, hecho que debe hallarse muy natural, y que podía haberse previsto. No hay motivo para que la Gran Bretaña sea siempre la gran fábrica algodonera del mundo, cuando el algodón en rama tiene que ser importado aquí como en otro país cualquiera. Era muy natural que Francia, Alemania, Italia, Rusia, India, Japón, los Estados Unidos, y hasta Méjico y el Brasil, empezasen á hilar su propio hilo y á tejer sus propios géneros de algodón. Pero la aparición de la industria algodonera en un país, ó mejor dicho, de una industria textil cualquiera, se convierte inevitablemente en punto de partida para el nacimiento de una serie de otras industrias, siendo la química y la mecánica, la metalúrgica y la minera, las que primero reciben el impulso engendrado por una nueva exigencia. Toda la industria nacional, así como toda la educación técnica, *deben* mejorar, á fin de poder satisfacer esa necesidad desde el momento que se ha hecho sentir.

Lo que ha pasado respecto al algodón, ocurre también con relación á otras industrias; la Gran Bretaña y Bélgica no tienen ya el monopolio de la industria lanera; muchas fábricas de Verviers están paradas; los tejedores belgas son víctimas de la miseria, en tanto que Alemania aumenta anualmente su producción de lana, y exporta nueve veces más de este artículo que Bélgica. Austria tiene sus lanas propias y las exporta; Riga, Sodz y Moscow, suministran á Rusia telas finas de lana, y el crecimiento de esta industria en cada uno de los países á que últimamente nos hemos referido da nacimiento á centenares de otras, relacionadas con ella.

Durante muchos años ha tenido Francia el monopolio de la industria de la seda: criándose el gusano de ésta en el Sur del país, era muy natural que Lyon se convirtiese en centro de esa manufactura; el hilado, el tejido doméstico y las tintorerías se desarrollaron en grande escala, llegando esta industria á tomar tales vuelos, que el suministro de la primera materia, producto del país, se hizo insuficiente, habiendo necesidad de importarla de Italia, España, el Sur de Austria, Asia Menor, el Cáucaso, y

(1) *The Economist*, 13 Enero 1894.

Japón, por la cantidad de francos 220.000.000 á 275.900.000, en 1875 y 1876, mientras que el valor de la francesa elaborada, sólo fué de francos 20.000.000

Miles de jóvenes de ambos sexos fueron atraídos de los distritos rurales hacia Lyon y sus inmediaciones: la industria prosperaba; pero poco á poco, nuevos centros de esa industria surgieron en Basel, y en las casas de los aldeanos, en los alrededores de Zurich. Los emigrados franceses la importaron, y se desarrolló especialmente después de la guerra civil de 1871. La administración del Cáucaso invitó á trabajadores y trabajadoras de Lyon y Marsella á que enseñasen á los georgianos y á los rusos el mejor modo de criar el gusano de seda y todo lo referente á tal industria, viniendo á convertirse Stauropol en un nuevo centro de tejido de seda; Austria y los Estados Unidos hicieron otro tanto, ¿y cuáles son ahora los resultados? Durante los años que median de 1872 y 1881, Suiza ha duplicado con exceso el producto de esa industria; Italia y Alemania lo aumentaron en un tercio, y la región de Lyon, que anteriormente fabricaba por valor de 454.000.000 de francos al año, presentó en 1887 un estado en que no pasaba de 378.000.000. Su exportación, que alcanzó un término medio de francos 425.000.000 en los años de 1855 al 59, y 460.000.000 en 1870-74, descendió en 1887 á 233.000.000. Y es un hecho reconocido por los especialistas franceses, que en la actualidad, no baja de un tercio de la cantidad de géneros de seda que se gasta en Francia, lo que representa el importado de Zurich, Crefeld y Barmen. Hasta la misma Italia, que tenía 2.000.000 de usos y 30.000 telares en 1880 (contra 14.000 en 1870), manda á Francia sus sedas y compite con Lyon. Los fabricantes franceses pueden gritar tan alto como quieran pidiendo protección, ó acudir al recurso de producir géneros más baratos de inferior calidad; pueden vender 3.250.000 kilogramos de seda labrada al mismo precio que antes vendieron 2.500.000 en 1855-59; pero no recuperarán jamás la posición que ocupaban entonces.

Italia, Suiza, Alemania, los Estados Unidos y Rusia, tienen sus fábricas de seda propias, y no importarán de Lyon más que las clases superiores. Respecto á las otras, los pañuelos de seda son de uso tan corriente entre las sirvientes de San Petersburgo, porque la industria nacional del Cáucaso del Norte los proporciona á un precio que arruinaría á los tejedores lioneses. La industria se ha descentralizado, y aunque Lyon es todavía un centro en cuanto á los tejidos más superiores, no volverá nunca á ser otra vez el foco principal de esa industria como lo fué hace treinta años.

Ejemplos parecidos pudieran presentarse á cada paso. Ya Greenock no abastece á Rusia de azúcar, porque ésta tiene en su suelo toda la que necesita, á los mismos precios que se encuentra en Inglaterra. La industria relojera ha dejado de ser una especialidad de Suiza: ahora se hacen relojes en todas partes. La India extrae de sus noventa minas de carbón las dos terceras partes de su consumo anual. La industria de productos químicos, que creció en las márgenes del Clyde y Tyne, debido á las ventajas especiales que ofrecían la importación de piratas españolas, y la aglomeración de tanta variedad de industrias, paralela al curso de esos ríos, se halla hoy en decadencia. España, con ayuda de capitales ingleses, empieza á utilizar su pirita en provecho propio, y Alemania, no sólo ha venido á ser un gran centro para la fabricación del ácido sulfúrico y la soda, sino que ya se queja del exceso de producción.

¡Pero, basta ya! Son tantos los datos que tengo ante mi vista en apoyo de la misma tesis, que se podrían multiplicar los ejemplos hasta lo infinito. Hora es de terminar, y para todo el que no esté dominado por un prejuicio, la conclusión se evidencia por sí misma. Las industrias de todas clases se descentralizan y reparten por el mundo entero

y en todas partes una variedad completa de industrias crece, en el lugar que antes ocupaba la especialización. Tales son los rasgos más característicos de los tiempos que corremos.

Cada pueblo se convierte á su vez en manufacturero, y no está lejos el día en que cada nación de Europa, así como los Estados Unidos y hasta las más atrasadas de Asia y América, fabriquen casi todo lo que les haga falta. Las guerras y otras causas accidentales podrán por algún tiempo contener la propagación de la industria, pero no impedirla; eso es inevitable.

Para todo el que empieza, los primeros pasos son los únicos difíciles; pues en cuanto una industria ha conseguido arraigarse, trae en pos de sí centenares de otras; y desde el momento que se ha empezado á trabajar y se han vencido los primeros obstáculos, el desenvolvimiento industrial marcha con rapidez.

El hecho se hace tan evidente, aunque no sea igualmente tan fácil de comprender, que el afán de colonizar se ha convertido en el rasgo más característico de los últimos veinte años. Cada nación pretende tener sus colonias propias; pero no bastarán para salir de apuro. No hay otra segunda India en el mundo, y las antiguas condiciones no se volverán más á repetir. Por el contrario, algunas de las colonias británicas amenazan ya con una seria competencia á la madre patria, y otras, como Australia, se disponen á seguir la misma senda. Y respecto á los mercados que aún permanecen neutrales, China nunca será un consumidor importante para Europa: ella puede producir más barato; y cuando sienta la necesidad de gastar artículos europeos, se los fabricará por sí misma. ¡Ay de Europa si el día que la máquina de vapor invada á China sigue confiando en el consumo exterior! Y en cuanto los semisalvajes africanos, su miseria no puede servir de base al bienestar de una nación civilizada.

El progreso se encuentra en otra dirección: en producir para satisfacer las necesidades internas. Los compradores para los algodones del condado de Lancaster y la cuchillería de Sheffield, las sedas de Lyon y los molinos harineros húngaros, no están en la India ni en Africa, sino entre los productores nacionales. Es inútil mandar almacenes flotantes á la Nueva Guinea con géneros de fantasía alemanes ó ingleses, cuando lo que sobran son gentes que quisieran poder comprarlos en ambos países.

En vez de quebrarnos la cabeza ensayando medios de buscar compradores fuera, sería mejor tratar de responder á la cuestión siguiente: ¿Por qué el trabajador británico, cuyas aptitudes industriales son tan altamente elogiadas en los discursos políticos; por qué el agricultor escocés y el campesino irlandés, cuyos esfuerzos por hacer producir terrenos estériles son algunas veces tan encomiados, no son consumidores para los tejedores del condado de Lancaster, los cuchilleros de Sheffield y los carboneros de Northumberland y de Gales? ¿Por qué los tejedores lyoneses, no sólo no usan telas de seda, sino que suelen carecer hasta de alimento? ¿Por qué los agricultores rusos venden el trigo y durante cuatro, seis y algunas veces hasta ocho meses del año, se ven obligados á mezclar cortezas y hierbas á un puñado de harina para cocerse el pan? ¿Por qué es el hambre tan frecuente entre los cultivadores de trigo y arroz en la India?

Bajo las presentes condiciones de división de la sociedad en capitalistas y trabajadores, en propietarios y masas, viviendo de jornales inseguros, la expansión de la industria sobre nuevas regiones viene acompañada siempre con los mismos hechos de inhumana opresión, matanza de niños, pauperismo, y mayores dificultades para atender á la subsistencia.

Las memorias del inspector de fábricas de Rusia, las del Plaven Handelskammer, y las investigaciones italianas, están llenas de las mismas revelaciones que se encuentran en los informes de las comisiones parlamentarias de 1840 al 42, ó en las modernas revelaciones referentes al llamado «sistema del sudor», á que se someten los pobres, tanto en Glasgow como en Londres. Así el problema del capital y del trabajo se universaliza, pero se simplifica al mismo tiempo. El volver á un estado de cosas en que se siembre el trigo y se fabriquen géneros para el uso de los mismos que lo cultivan y producen, tal es, indudablemente, el problema que habrá de resolverse durante los primeros años de la historia europea. Cada región vendrá á ser su propia productora y su propia consumidora de artículos industriales: pero eso implica forzosamente que sea al mismo tiempo, su propia productora y consumidora de los productos agrícolas; y de eso es precisamente de lo que me ocuparé en otros capítulos.

PEDRO KROPOTKIN.

(Traducción de Fermín Salvochea.)

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

EL ADIESTRAMIENTO

Diversas acepciones de la palabra adiestramiento.—El adiestramiento, tal como lo entendemos aquí, es la adaptación del organismo al trabajo.—Adiestramiento natural y metódico. Métodos de adiestramiento: rara vez se aplica en el hombre de nuestro país: su práctica está muy extendida en Inglaterra.—Adiestramiento de los pugilistas.—Adiestramiento de los remadores.—Un espécimen del método.—Explicación fisiológica de los hechos.—Las pérdidas; cuidados de la piel.—Importancia capital del trabajo muscular en el adiestramiento.—Temperatura del hombre adiestrado. Utilidad é inconvenientes de la condición de adiestramiento.

I

Llamamos *adiestramiento* á un conjunto de prácticas que tienen por objeto hacer á un hombre ó un animal apto para soportar un trabajo dado, lo más pronto y lo más completamente posible.

La palabra *adiestramiento* se toma generalmente en una acepción menos limitada. Se usa como sinónima de «preparación», y se aplica á métodos en que el trabajo muscular no interviene para nada. Así, se *adiestran* los buzos para hacerlos capaces de resistir el deseo de respirar; se *adiestran* jockeys para hacerlos menos pesados y facilitar el trabajo de los caballos que los conducen; y hasta se aplica esta palabra á hechos del orden intelectual, y se dice que el adiestramiento intelectual hace al hombre más apto para aprender.

En realidad, todos los matices del adiestramiento pueden referirse á un mismo hecho: adaptación del organismo á ciertas condiciones particulares de funcionamiento. El hecho de estar *adiestrado* implica una modificación sufrida por los órganos; puede creerse que el cerebro de un hombre de ciencia no se parece al de un mozo de cordel; es seguro que un luchador en perfecta *condición* no presenta la conformación de un hombre de gabinete.

Pero es necesario hacer notar que las modificaciones de estructura adquiridas por los órganos bajo el influjo del adiestramiento no son demasiado profundas; se adquieren muy pronto y se pierden en muy poco tiempo.

Un hombre adiestrado es un hombre que en poco tiempo se ha formado un temperamento particular. Ha adquirido una conformación nueva, que le da aptitudes especiales, pero no ha cambiado su naturaleza; si vuelve al sistema de vida, de que el adiestramiento le ha hecho salir, pierde inmediatamente toda la superioridad adquirida. Para conservarse en estado de adiestramiento, ó, como dicen los preparadores, «en condición», hay que persistir en las prácticas á que se deben la conformación más perfecta de los órganos y su más fácil funcionamiento.

Desde el punto de vista del ejercicio muscular, el estado de adiestramiento resulta inevitablemente de la adaptación al trabajo. Todas las profesiones que exigen un gran gasto de fuerza muscular mantienen á los individuos dedicados á ellas en estado de preparación completa; los hacen tan fuertes y tan resistentes como lo consienta su temperamento nativo.

Una vida muy activa y muy laboriosa basta, pues, para producir á la larga la aptitud para el trabajo y la resistencia á la fatiga, sin que haya que añadir prácticas de higiene ni observar el régimen que aconsejan los preparadores de profesión. Los lobos no necesitan abstenerse de ciertos alimentos ni medir el agua que beben para adquirir músculos de acero y pulmones para los que no existe la sofocación.

Hay que reconocer, sin embargo, que los beneficios del trabajo se adquieren con una sorprendente rapidez cuando se somete el individuo á cierta reglamentación del ejercicio, y á ciertos cuidados accesorios del cuerpo, que constituyen un método muy apreciado en algunos países con el nombre de *adiestramiento*.

Este método no se ha vulgarizado todavía entre nosotros. En Francia, la masa del público no conoce el adiestramiento más que para los caballos de carrera y para los jockeys, y no ve en ellos más que seres extenuados, á los que se ha sometido á riguroso ayuno para reducirlos á tal estado de ligereza.

Esta ligereza no es más que aparente en los caballos de carrera; por lo general estos animales, angulosos y desecados, pesan lo mismo, ó quizás un poco más, que antes del adiestramiento. Solamente que la naturaleza de sus tejidos no es ya la misma; el régimen á que se les ha sometido ha hecho desaparecer todos los materiales inútiles para el movimiento y ha desarrollado, en cambio, los tejidos necesarios para el trabajo; han perdido su grasa casi por completo, siendo reemplazada por músculos.

El adiestramiento de los jockeys no produce más que la mitad de este resultado. Desaparece en ellos el tejido graso, pero no aumenta el tejido muscular; de este modo la pérdida no está compensada por una ganancia y la masa del cuerpo disminuye. En el caso del jockey no hay que preocuparse del aumento de la fuerza muscular, sino de la disminución del peso, puesto que de lo que se trata es de que vaya montado el caballo por el hombre menos pesado que sea posible.

El adiestramiento del jockey no puede servirnos de tipo en este estudio; es abusar

del lenguaje, decir que está adiestrado un hombre al que se ha hecho adelgazar por toda clase de medios sin tratar de que se desarrolle en él ninguna energía especial. El adiestramiento, tal como nosotros lo comprendemos, supone la adquisición de ciertas cualidades activas, de cierta superioridad en la ejecución de los movimientos especiales de un ejercicio. Tratándose del jockey, aplicaríamos más bien la palabra adiestramiento para el período de tiempo durante el cual hace el rudo aprendizaje de la equitación de carrera. El hombre al que se confía la doma de un potro de pura sangre, sufre, en efecto, un verdadero adiestramiento en el amplio sentido de la palabra, porque las defensas de su alumno le dan motivo para hacer trabajar vigorosamente á todos los músculos que concurren á mantener un jinete en la silla, y esos músculos son muy numerosos.

En Francia, las cuadras de carrera tienen adiestradores para sus caballos. En Inglaterra hay adiestradores para hombres á los cuales preparan, sea para las carreras á pie, sea para las regatas, sea para el pugilato. La manía de la apuesta es el móvil y punto de partida de esos métodos, destinados á dar al campeón todas las posibles probabilidades de triunfo; pero las consecuencias son una resistencia inaudita á la fatiga, un vigor que excede de cuanto pudiera creerse y una salud perfecta.

He aquí los hechos que Royer-Collard, en 1842, expuso ante la Academia de Medicina á propósito de los resultados del adiestramiento metódico que produce ese tipo de hombre, que alcanzan el *summum* del desarrollo de la fuerza y de la resistencia, llamado pugilista:

«El hombre sometido al adiestramiento no ofrece pérdida apreciable de su peso, á menos de que estuviera obeso antes de entrar en preparación. A veces hasta pesa algunas libras más, pero sus miembros han aumentado singularmente de volumen. Sus músculos son duros, salientes, muy elásticos al tacto; se contraen con extraordinaria fuerza bajo el influjo del choque eléctrico. Desaparece el abdomen y se acusa más el pecho; la respiración deviene amplia, profunda, capaz de largos esfuerzos. La piel se pone más gruesa, lisa y limpia de toda erupción. Se nota que las porciones que recubren la región axilar y las costillas del pecho, no tiemblan durante los movimientos del brazo, sino que, por el contrario, parece que están adheridas á los músculos subyacentes. Esta firmeza de la piel y la densidad del tejido celular resultan de la reabsorción de los líquidos y de la grasa, y se oponen á la producción de depósitos serosos.»

He aquí, ahora, según el mismo autor, de lo que son capaces en la lucha los hombres cuya estructura se acaba de exponer.

«Los pugilistas, desnudos hasta la cintura, tratan de asestarse vigorosos puñetazos desde la cabeza hasta el ombligo. Si cae uno de ellos, atontado por la violencia de los golpes, se le concede un minuto de descanso. Antes de que pase el minuto se levanta y reanuda la lucha; en caso contrario se le declara vencido. Los pugilistas de tipo ordinario se paran así de treinta á cuarenta veces en un combate de hora y media.

«La duración del combate varía desde algunos minutos hasta cuatro ó cinco horas. Se comprende que pueden resultar heridas graves y aun la muerte; se han dado de ello tristes ejemplos, pero sumamente raros. Lo más frecuente, lo cual es muy curioso, es que, al cabo de algunos días, no quede rastro alguno de tan terribles golpes.

«Una fuerza prodigiosa, una agilidad extraordinaria, una increíble insensibilidad para los golpes y, al mismo tiempo, una salud perfecta, tales son los fenómenos que nos presentan esos hombres, seguramente bien distintos de todos los demás.»

Para colocar á un hombre en tal punto de vigor y de resistencia á la fatiga, bastan

seis semanas. Durante tan corto tiempo, se le somete á un trabajo muscular de una intensidad gradualmente aumentada; pero debe someterse también á un régimen alimenticio particular y á especiales prácticas de higiene.

Todas las prácticas del adiestramiento tienen un doble objetivo: 1.º desenvolver la energía muscular del individuo: 2.º aumentar su resistencia á la fatiga. Ambos resultados se alcanzan con auxilio de medios aplicados empíricamente, y cuyos excelentes efectos se han comprobado por la experiencia, sin que se hayan explicado, hasta el presente, de una manera satisfactoria. Para formarse una idea de los procedimientos habitualmente usados por los adiestradores, bastará leer el informe del adiestramiento de un tal J. G., mozo de carnicero, que se preparaba para unas regatas, bajo la dirección de M. Symes.

Este adiestramiento es muy semejante al de los pugilistas, porque tiene por objeto desarrollar toda la potencia muscular del individuo, y aumentar hasta los últimos límites posibles su resistencia á la fatiga. Difieren, sin embargo, en un pormenor importante; la necesidad de aligerar todo lo posible el peso del remador, á fin de disminuir la carga de la embarcación que tiene que conducir. Así se notará que el individuo de la citada observación perdió 37 libras (inglesas), mientras que los pugilistas conservan el mismo peso, después de haber sufrido la preparación, que antes de someterse á ella.—Tomamos la observación de la obra del Dr. Worthington sobre «La Obesidad».

FERNANDO LAGRANCE.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Fotografía de los cometas.—Su origen, según Zeuger.—Influencia del sol.—Formación de la cabellera y de la cola.—Periodicidad de los perihelios.—Teoría de la formación de los cometas, según la teoría térmica.—Explicación de la multiplicidad de las colas.

Según los preparativos que venían efectuándose, deben de haberse sacado fotografías del cometa de 1901, como se sacaron del de 1882, de las cuales posee seis la Academia de Ciencias de París. Estas hermosas pruebas se obtuvieron en el Observatorio del Cabo de Buena Esperanza con un objetivo ordinario de Ross, de 117 milímetros de abertura y de unos 297 de foco. Este objetivo, con su cámara, estaba unido al contrapeso del eje de declinación de un ecuatorial, y todo movimiento comunicado á este eje movía igualmente el tubo de la luneta y la cámara fotográfica; además, por un movimiento de relojería y sirviéndose de los movimientos de atracción en ascensión recta y en declinación, la imagen del núcleo del hermoso cometa se mantenía fija sobre el cruce del hilo del micrómetro de la luneta durante la exposición. Perdiéronse desgraciadamente muchos detalles sobre el original negativo, perdidos sobre la prueba positiva tirada sobre el papel, especialmente la extensión de la curiosa envoltura anterior del núcleo; es de esperar mejor éxito esta vez.

De la periodicidad que ofrecen las épocas de perihelio de los cometas y su distribución en las estaciones del año, el astrónomo Zeuger ha deducido las siguientes conclusiones:

El origen de los cometas debe unirse íntimamente á la rotación del sol: supongamos que hay dos puntos en la superficie solar distantes en longitud heliocéntrica 180

grados, sensiblemente como se observa en la superficie de nuestro planeta, tales como la región en que nacen los ciclones en el mar de las Antillas, y la del Océano Índico, de donde vienen los tifones. «Puede explicarse—dice Zeuger—la formación de los cometas por explosiones enormes, que arrojan las materias de las protuberancias á centenares y millares de kilómetros; deben propagarse á los bordes de la corona y arrojar delante de sí la materia meteórica de esta corona. Se puede suponer también que alrededor del sol y cerca de los bordes de la corona se mueven enormes meteoritos. Por último, puede producirse una aglomeración de la materia coronaria alrededor del núcleo meteórico y dar origen á la cabeza del cometa; pero la atracción y el movimiento de la masa así aglomerada pueden arrastrar consigo el polvo meteórico y las partículas mínimas de la materia coronal, lo que, según Zeuger, puede explicar la formación de la cola y la cabellera. Las resistencias, los choques continuos de esta masa de materia primera contra la substancia meteórica que hormiguea en las regiones próximas al sol, serán causa del rápido crecimiento de la cola y pueden producir la apariencia contorneada de colas cometarias.

De la periodicidad de los perihelios deduce Zeuger que la ley general del movimiento de los planetas se aplica igualmente á los cometas, y añade que éstos no son más que planetas nacidos bajo la acción debilitada del astro central, hallándose éste debilitado por la acción del tiempo é impotente ya para lanzar al espacio masas tan considerables como las que, refiriéndome siempre á la opinión de Zeuger, formaron los grandes planetas.

Por supuesto que el ilustre astrónomo cuya teoría extracto, habla de los cometas nacidos en nuestro sistema solar; pero conviene tener presente que hay otros que, aunque pertenecientes á nuestro sistema, proceden de otros sistemas estelares, que nos los envían á modo de mensajeros, como recíprocamente nosotros se los enviamos también.

Sábase, en efecto, que un cometa sometido á la acción de una estrella, describe, como trayectoria, una sección cónica, uno de cuyos focos es ocupado por la estrella dominante. Esta sección cónica puede ser: una hipérbola, una parábola (curvas abiertas ó una elipse (curva cerrada). En los dos primeros casos el cometa es lanzado al infinito, siguiendo su trayectoria abierta hasta el momento en que sea atraído por otra estrella, la cual podrá apoderarse de él, haciéndole describir una elipse ó lanzarle también al infinito, imprimiéndole un movimiento de trayectoria hiperbólica ó parabólica, y así sucesivamente.

Del mismo modo que nosotros enviamos á los otros mundos un poco de nuestra substancia, ellos obran de idéntica manera, y entre los cometas que envían en todas direcciones, nuestro sol, ayudado por los grandes planetas, se apodera de algunos. Si puede obligarlos á describir una elipse, ocupando él uno de sus focos, negocio concluido; si los despide, lanzándolos al infinito, trátase únicamente de la visita de un astro errante, que viene á traernos nuevas de una estrella cuyos dominios abandonó hace millones de años, y que irá, en plazo tal vez no menos largo, á dar noticias nuestras á otra estrella, ó mejor dicho, á los habitantes de los planetas que forman parte de su sistema.

La señora Clemencia Royer, en su admirable obra sobre la constitucion del mundo, que nunca se consultará demasiado, da explicaciones muy luminosas sobre el origen de los cometas, basadas en su teoría térmica. Según esta teoría, lo mismo que con la de Newton, es evidente que los cuerpos pequeños tienen una tendencia general á gra-

viar hacia los grandes y á caer sobre ellos. Por lo mismo, todas las granulaciones de materia cósmica errantes en el espacio, constituyendo los aerolitos, tienden á aglomerarse entre sí cuando se encuentran á cortas distancias antes de caer sobre un sol ó cualquiera de sus planetas.

Estas aglomeraciones cósmicas, indudablemente restos de mundos destruidos, viajan alrededor de un sol ó de varios, á los cuales visitan periódicamente hasta que caen sobre uno de ellos; por efecto de esa misma aglomeración, constituyen los cometas, que, formados de elementos sólidos, discontinuos y sin cohesión, se sujetan, no obstante, á la ley de la gravitación universal, é *impulsados por las presiones del éter frío hacia los cuerpos calientes*, pasan alternativamente por las temperaturas más extremas.

En su afelio permanecen constituidas por pequeños fragmentos de cuerpos sólidos, muy densos, yuxtapuestos, y viajan, en el éter, en virtud de conservar la velocidad adquirida, hasta el punto extremo de su órbita, retrocediendo luego en caída acelerada, esparciendo luz, en parte propia y en parte refleja.

Los elementos sólidos, pasados al estado gaseoso forman la cola, la cual puede compararse á lo que sucede si se lanza al aire una vejiga insuficientemente llena de gas, conteniendo también elementos sólidos en estado pulverulento; éstos, en la caída parabólica del conjunto, caen del lado que la gravedad los solicita, en tanto que los gases se remontan por la parte opuesta. Del mismo modo los elementos sólidos más densos de un cometa que se acerca al sol, caen hacia él en rápida caída; los menos densos, aunque solicitados por las mismas fuerzas, para tomar la misma velocidad, como han de vencer una resistencia relativamente mayor del medio gaseoso que les rodea, se retrasan y tienden á describir una trayectoria de mayor radio, que deben, no obstante, recorrer en el mismo tiempo. He ahí por qué, á su paso por el perihelio, todo cometa un poco considerable atraviesa una fase crítica, tendiendo á disociarse. En cuanto á los elementos gaseosos de la cola, una vez separados de los elementos más densos del cometa, deben continuar su curso con su velocidad adquirida y tender á escaparse por la tangente, dando lugar á veces á la formación de dos ó más colas.

Estas colas múltiples pueden difícilmente reconstituir su unidad y reunir la aglomeración cometaria, con la cual se hallan en retardo.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

MANIFESTACIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS

(DE TODO EL MUNDO)

EL TRABAJO, *última novela de Zola.*

No será una de las menores curiosidades intelectuales de nuestro tiempo, para los futuros historiadores literarios, la brusca evolución de ideas y tendencias que pudo hacer en muy pocos años de un escritor jefe de escuela, iniciador de un movimiento cuya influencia se extiende sobre Europa entera, de un Emilio Zola, creador de *L'Assomoir*, el teorizante de *Fecundidad y Trabajo*.

Hasta hace poco, el pesimismo y la sequedad parecían ser la ley de rigor, inflexible en las manifestaciones del talento de nuestros costumbristas. La palabra convenida era el positivismo, la ciencia sin ilusiones. Hoy, la dominante de las obras es la simpatía apasionada. Los corazones fríos, insensibles, ablándanse y se funden en sen-

timientos de piedad, de humanidad, de solidaridad universal. En el intervalo, el mundo había sentido la obra de Tolstoï.

También Emilio Zola sigue la hermosa corriente de altruismo, y á ella consagra toda la fuerza de su temperamento batallador, sus poderosas facultades y su enérgica emotividad. Nos hallamos á mucha distancia del realismo radical; sobre una base puramente humana y social edifica el ilustre arquitecto de ficciones, un mundo soñado en el cual la realidad se cubre con una bruma luminosa.

La idea generatriz del nuevo libro de Zola, punto de partida de muchos sistemas utópicos, tiende á *reorganizar el trabajo para organizar la sociedad entera, en la que debe ser la obligación cívica y la regla vital.*

Por esto el protagonista Lucas Froment desea con ardor que luzca el día en que «el capital, el trabajo y el talento se fundan y formen el patrimonio común de una libre sociedad de hermanos, donde todo sea de todos, en la armonía realizada».

El ingeniero Jordán, que comparte con Lucas esas ideas de un *fourierismo* ya tomado en cuenta por Le Play, pone á disposición de Froment su fábrica, alrededor de la cual se agrupan los obreros que trabajan con gusto y con fe, porque participan á un tiempo de la dirección y de los beneficios. Aplicanse allí todas las conquistas del progreso moderno, y el trabajo se reduce á un *mínimum*. Una vez ya vencidas las inevitables luchas de todo comienzo, mercaderes y agricultores entran poco á poco en la asociación. La fábrica rival, «El Abismo», regida por el viejo sistema, acaba por caer también en el fondo de la comunidad.

En el espacio de tres generaciones, las ideas de Froment quedan arraigadas completamente, y el cambio se practica en todo: «el campesino da su trigo al obrero industrial que da el hierro y las herramientas.»

Desaparecen gradualmente presidios y tribunales, organismos inútiles en una sociedad bien organizada. «Al desaparecer el comercio desaparece el robo, y al anularse el dinero se anulan todas las torpezas criminales.»

El hombre vive en la abundancia, rodeado de bienestar, alegre y sereno. Lucas, llegando á una edad avanzada, puede morir satisfecho, con el espíritu en calma, seguro de que «la humanidad, equilibrada al fin como los astros, por la atracción, la ley de justicia de solidaridad y de amor, volará feliz á través del eterno infinito».

Emilio Zola insiste en la teoría platónica del sacrificio del individuo á la sociedad. En una magnífica evocación comunista, entrevé la realización posible y próxima de una sociedad basada en la armonía y en la paz. Los espíritus metódicos que no llevan más allá de las realidades objetivas las sugerencias de un comunismo místico, los numerosos, muy numerosos incrédulos del milagro social, difícilmente se dejarían seducir por la visión de un acuerdo universal.

La supresión del comercio, «rueda inútil roedora de energías»; la substitución del cambio á las ordinarias leyes de la oferta y la demanda; la negación de la concurrencia económica; la fe en una sociedad fundada en el amor y libre de odios: todo esto parece muy problemático.

Los desarrollos novelescos del *Trabajo*, conducen al eterno error de todos los teóricos; la imposible comprensión de una sociedad muy superior á los seres que la formaran, de un todo que valdría más que las partes.

Recientemente Donnay y Descaves, habíanse acercado mucho á la verdad en su drama comunista *La Clariere*. También aparece en esta obra un aglomerado social de la misma especie, firmemente resuelto á vivir conforme á la buena doctrina del

cambio y de la distribución equitativa de todo. ¡Ay! Los hombres no dejan de ser hombres, débiles criaturas mordidas por los deseos. La tentativa era demasiado hermosa para que no fracasara.

Los funestos resultados de la revolución manufacturera que se ha desarrollado en nuestros días, los perfeccionamientos de la industria, que engendran una terrible miseria junto á una riqueza envidiable, la preponderancia de los grandes capitales, el agotamiento del obrero convertido en una ruedecilla de la máquina: estos grandes problemas intranquilizan desde hace bastantes años á todas las almas nobles y reflexivas, y han inspirado á Zola elocuentes páginas. El autor del *Trabajo* pone su dedo en la llaga con generosa humanidad. Escribe palabras que animan y reconfortan, que debemos agradecerle aun cuando los remedios que indica para vencer el mal no estén á nuestro alcance. *Trabajo*, sin duda, es un hermoso libro. Zola no habrá convencido á muchos acerca de la eficacia de su paraíso social, pero seduce con la magia de su estilo; y no es el menor de sus méritos después de haber tantas veces realzado la representación de seres y cosas, lograr ofrecernos una imagen tan clara y tan hermosamente construída de lo irrealizable (1).

* * *

LA VIDA DE LAS ABEJAS, por *Mauricio Maeterlinck*.

Este libro, formado con las notas reunidas en veinte años de observación y estudio, tiene un interés y una importancia superiores á todo encarecimiento.

Maeterlinck ha leído cuanto escribieron, acerca del asunto, naturalistas y curiosos de todos los tiempos; conoce los errores y las experiencias de cada uno, pero sólo habla de su propia experiencia y describe de un modo singular cuanto ha observado.

Cuando tanto se discurre y escribe acerca de la futura sociedad humana; cuando suceden á unas teorías, otras mejor ó peor fundadas, pero nunca realizables, *La vida de las abejas* puede ser una lección oportuna.

Los tenaces insectos han formado la ciudad ideal, y en ella dan ejemplo de trabajo, amor y sacrificio.

No hay que remontarse á Platón, es inútil recurrir á Fourier, Considerant y Le Play para decirle á este pobre mundo cómo puede regenerarse y formalizar su existencia. Basta someter al juicio del hombre *La vida de las abejas*.

Y allí estaría el remedio para todos los males... cuando el hombre fuese tan laborioso, tan justo y tan honrado como la humilde abeja.

* * *

OBJETO DE LA VIDA, *pensamientos de Tolstoi*.

Dentro de algunos días aparecerá en Inglaterra un libro del gran moralista ruso. Las nuevas páginas están extractadas de cartas, notas y apuntes que nunca se dieron á luz.

Suponemos que nuestros lectores agradecerán que les hagamos un anticipo traduciendo algunos pensamientos de los que han de formar la interesante obra.

«¡El término de la vida! La vida no tiene término y ninguna ciencia puede mostrarlo. ¿La ley de la dirección del camino de la vida? Sí. La religión, ó la sabiduría, si os parece mejor, responda á eso, mostrando la mentira y el engaño de todos los diversos caminos que afluyen al único verdadero. Rechazando las direcciones falsas,

(1) Téngase en cuenta que el autor de estas Crónicas no es anarquista.—N. de la R.

muestra é ilumina la verdadera; y en esta vía se descubre algo: la finalidad más próxima que la ciencia señala, pero la ciencia no ha revelado nunca el camino.»

«Por mi debilidad, por la rebelión de mi vida contra mi espíritu, me pregunto y me esfuerzo por responderme. Si yo absorbiese completamente mi ser en la vida del espíritu, no pensaría en esto; pero, sin darles importancia, debo suponer que son ensueños que involuntariamente acuden á mi cerebro. He aquí de qué modo se me presentan: la ley de la vida orgánica, es la lucha; la ley de la vida razonable, consciente, es la unión, el amor. Sobre la vida orgánica, sobre la vida de la lucha, nace la vida razonable unida á la primera.

»La finalidad es evidente: destruir la lucha y establecer la unión donde existía la discordia, primero entre los hombres, luego entre los hombres y los animales, y al fin entre los animales y las plantas.

»Tal es la finalidad indicada hace mucho tiempo. El Mesías judío no representa otra cosa. Que las lanzas se conviertan en hoces, y que las ovejas duerman junto á los leones: es mi sueño. Pero no quiero engañarme; ya sé que falta mucho aún para realizarse. Lo que me agrada es la firmeza de la dirección. Y no dudo que debo avanzar hacia la finalidad de todo mi ser.»

«He averiguado con fuerza singular, irresistible, que mi vida y la vida de todos tiene por objeto servir, pero que no tiene objeto en sí misma.»

«El hombre vive avanzando hacia donde ilumina la linterna que va delante; nunca llega al sitio iluminado; los reflejos avanzan con él. Así es la vida, y no de otro modo. Con esta sola vida no hay muerte, porque la linterna siempre alumbraba, y no hay más que seguirla.

»Pero si el hombre se coloca delante de la linterna ó si empieza á volverla hacia todas partes, proyectando su luz á los lados y hacia detrás, no le será posible avanzar, y al detenerse la vida sorprende la muerte.»

«Es necesario ser, como dice Lao-Tseu, semejante al agua: si no halla obstáculos, corre; si encuentra un dique, se para; cuando el dique se rompe, corre de nuevo; en un vaso cúbico, toma la forma cúbica; en un vaso cilíndrico, la forma cilíndrica. Porque á todo se amolda, es necesaria y fuerte.»

*
* *

PARÍS, FÁBRICA CENTRAL DE REPUTACIONES LITERARIAS.

Paul Stapfer, uno de los críticos mejor documentados y más cultos de Francia, escribe con este rótulo un artículo de sumo interés, realzando las miserias de la vida social, que no busca la obra de arte, consintiendo que se la impongan, que rechaza del uso corriente la profunda y delicada intención, para entregarse á la frivolidad amena, y que sacrifica en el incienso de los osados á los prudentes.

La primera preocupación del que desea salir de la obscuridad—insinúa—, es buscar influyentes personajes que, aceptándole desde luego, cuiden mucho de darle á conocer. Y os juro que no es cosa divertida rodearse de tales protecciones; hace falta una salud á toda prueba, un estómago de bronce, músculos de acero, y á veces, además,

algunos recursos para ir y venir, entrar y salir, correr en pos de todos, agradar á las damas, á los críticos y á los periodistas charlatanes y omnipotentes.

París es el único lugar de Francia donde se forman reputaciones literarias, y es inútil querer luchar contra la centralización, que anula todo esfuerzo realizado en provincias. Ni en letras, ni en ciencias, ni en artes, puede adquirirse notoriedad fuera de París. Cuando un poeta consigue fama desde su rincón apartado, como por ejemplo, Mistral, es porque no escribe en lengua francesa; y si la consigue escribiendo en francés, será belga ó suizo, pero nunca lyonés ni bordelés.

Y aun en París hay que sacrificar mucho para obtener la simpatía de las gentes. Ya no existen salones donde se discutan asuntos de importancia. El buen tono consiste en hablar de un modo superficial é insignificante. Stendhal, Sterne, Duclós, Taine, han observado lo mismo: que un hombre que se permite razonar en visita, pensar, producir alguna preocupación, alguna fantasía no consagrada en el repertorio de lugares comunes, comete una falta, dando idea de que desconoce sus conveniencias. Estos autores han advertido que en la sociedad francesa hay que hacer lo que hace la mayoría, ser como la vulgaridad, hablar como todo el mundo, y no distinguirse nunca por el más pequeño rasgo de independencia.

La verdad es que París es *la cabeza*, no *el alma*, del público, al cual dirige; pero sería hacerle demasiado honor atribuirle iniciativas como á una voluntad pensante. La ausencia en esa minoría, esa espuma parisién, de una *personalidad que resista*, no permite ver en ella otra cosa que una multitud con sus guías, á quienes desconoce porque la vanidad se los oculta y porque, siendo muy democrática, se imagina dueña de sí.

En parte alguna el espíritu de imitación domina tan soberanamente como entre los *elegidos*. La unanimidad se manifiesta entre ellos, pero no hay que suponerla producida por el triunfo de una idea sometida al juicio de todos, sino por la presión que unos sobre otros ejercen.

Las voces que repiten cien ecos, luego mil, después todo París, y al cabo toda Francia, son las voces de tres ó cuatro personas influyentes, que tienen agarrado por la oreja al público parisién y hablan con el tornavoz de la prensa.

A París, fábrica central de reputaciones literarias, debe acudir todo el que ansie renombre y gloria; y sin dejar de mostrarse agradable con las damas y atento con los poderosos, debe tener presente á todas horas que Su Majestad el diario de gran circulación es dueño y emperador del mundo. ¿Qué pueden los salones, los ministerios, los palacios, ante la máquina que vomita diariamente seiscientas mil hojas impresas?

Ninguna hipérbole exagera el poder de la prensa, que forma la opinión, fingiendo seguirla, y apoderándose de la novela convertida en folletín, es el único pasto intelectual del público.

ARMANDO GUERRA.



LOS MALOS PASTORES

DRAMA EN CINCO ACTOS

(Continuación del quinto.)

ESCENA V

LOS MISMOS, HARGAND, MAIGRET, ETC.

Hargand. *(Corriendo hacia el cobertizo.)* ¡Mi hijo, mi hijo!...

Maigret. *(Siguiéndole.)* Pero señor, señor.

Madre Cathiard. ¡Magdalena, Magdalena, soy yo! ¡Qué! ¿No me reconoces?
(La madre Cathiard fricciona dulcemente á Magdalena, que suspira con más facilidad. Las mujeres la sostienen todavía.)

Hargand. *(Volviendo del cobertizo.)* ¿Dónde está? ¿Dónde está?

Maigret. Os han engañado, señor. Yo estoy seguro que Roberto está tranquilamente en casa.

Hargand. ¡No, no! ¡Salió de casa con un loco! ¡Le han visto en las barricadas!... ¡Mi hijo está entre los muertos!... ¡Entre los muertos!... ¡Entre los muertos!
(Llantos de las mujeres. Nadie hace caso de Hargand.) ¡Roberto muerto!... Soy yo quien lo ha matado...

Maigret. Usted no puede continuar aquí; es imposible.

Hargand. *(Señalando á las mujeres que lloran.)* ¡Y ellas sí que pueden estar!...

Maigret. Pero señor, si su hijo de usted hubiera muerto, lo hubiesen llevado á su palacio, no aquí. ¡Marchémonos!

Hargand. ¡No, no! *(A la multitud.)* ¿Aguen ha visto á mi hijo? ¿Le ha visto alguien? *(Silencio; continúan sollozando las mujeres.)* ¡Contestad, contestad; os lo suplico. ¡Mi hijo!... *(Silencio.)* ¡Vosotras las que lloráis, escuchadme! ¡Madres que habéis perdido á vuestro hijo; viudas que lloráis á vuestro marido, prestadme un poco de atención! Yo os adopto. Os daré toda mi riqueza, mi vida, si la queréis!... ¡Pero habladme, decidme dónde está mi hijo! *(Silencio y llantos. Mariana Renaud sale del cobertizo. Hargand va á cogerle la mano.)* ¡Marianal! ¡Marianal! ¿Has visto á mi hijo? Di; ¿has visto á mi hijo? *(Mariana lo rechaza y sale sin levantar la vista.)* ¡Oh, no hay piedad para mí! ¡No... hay piedad para mí!

Maigret. *(Procurando llevárselo.)* ¡Pero señor, señor!

Hargand. *(Se pasea por el recinto; se acerca al banco y ve á Magdalena pálida como la muerte y la frente ensangrentada.)* ¡Magdalena!... ¡Oh!... *(Retrocede un poco, y como si no se hubiese dado aún cuenta del espectáculo, mira á su alrededor, y se tapa los ojos con las manos, como para ocultar tanto horror.)* ¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!...

Madre Cathiard. ¡Magdalena, Magdalena! ¡Soy yo!

(Magdalena abre completamente los ojos. Poco á poco parece como si despertase de un sueño doloroso. Lo mira todo, pero sin darse cuenta de nada, sin saber dónde está. Lentamente adquiere noción de las cosas, pero incompleta. Ráfagas de memoria que pasan por su mente dan á sus ojos, siempre huraño, múltiples y diversas expresiones de la realidad. Se esfuerza por hacer movimientos. Levanta su brazo, se lo lleva á la frente, se restrega los ojos. Mira sin comprender. Caé su brazo.)

Madre Cathiard. ¡Magdalena, Magdalena!... ¡Soy yo!

Magdalena. *(Mira fijamente durante un buen rato á la madre Cathiard, y al fin la reconoce. Con voz muy baja y dulce como un soplo.)* ¡Madre Cathiard! *(Mira á su padre sentado en el banco y le reconoce. Con voz más segura, tono lastimero.)* ¡Padre, padre! *(Mira á Hargand delante de ella y lo reconoce también. Un pequeño suspiro y ligero movimiento de retroceso.)* ¡Él!... *(Mira á todas partes, ve mujeres arrodilladas, oye que lloran.)* ¿Qué es eso?... ¿Por qué lloran? *(Las ideas se concretan en ella. La conciencia de lo que le rodea aparece en sus ojos y se traduce en acentos trágicos... Mira el cobertizo. Un gran grito.)* ¡Ah! *(Con expresión de terror se deja caer en brazos de las mujeres, en donde está algunos momentos, convulsa, agitada, produciendo al respirar un ligero silbido.)*

Madre Cathiard. ¡Magdalena, Magdalena, no tengas miedo!... ¡Estamos aquí! ¡Soy yo... la madre Cathiard! ¿Te acuerdas bien? ¡Soy tu vecina, hija mía; tu vecina, querida Magdalena!

Magdalena. *(Temblando todavía.)* Madre Cathiard, sí, sí la reconozco, y á mi pobre padre también... Les reconozco á todos. *(Con angustia.)* ¿Y Juan? ¿Dónde está Juan? *(Hargand se acerca.)*

Madre Cathiard. ¡Vamos á buscarle inmediatamente!

Magdalena. ¿Por qué no está él entre nosotros? ¿Por qué?

Madre Cathiard. ¡Magdalena, tranquilízate!

Magdalena. ¡Juan!... ¡Quiero ver á mi Juan!

Madre Cathiard. ¡Te llevaremos donde esté él dentro de un momento!

Magdalena. *(Bruscamente con un gran grito.)* ¡Juan está muerto! ¡Han matado á mi Juan! ¡Sí, me acuerdo de todo! *(Quiere levantarse.)* ¡Dejadme, dejadme! ¡Ya me acuerdo de todo, de todo! *(Contra las súplicas de la madre Cathiard y las demás mujeres se levanta.)*

Hargand. ¡Magdalena!

Madre Cathiard. *(Rechazando á Hargand con violencia.)* ¡Cállese usted, si quiere! ¿No ve que está todavía medio muerta?

Hargand. *(Obstinado y suplicante.)* ¡Magdalena... ya se acabó el orgullo para mí... ¡Ahora no soy más que un pobre desgraciado, pequeño, muy pequeño! Y puesto que dices acordarte de todo... ¿dime, dime dónde está Roberto?

Magdalena. ¡Y tú dime dónde está Juan! Dime qué es lo que has hecho de mi Juan. ¡Asesino... asesino! *(Maigret y los otros se interponen para llevarse á Hargand. En este momento entran dos camillas. Los camilleros gritan desde fuera: ¡Paso, paso!)*

ESCENA VI

LOS MISMOS Y CUATRO CAMILLEROS

(Hargand se aproxima; las mujeres se precipitan alrededor de las camillas. Maigret y los otros intentan proteger á Hargand contra la multitud de mujeres. Magdalena solloza y, sostenida por las demás mujeres, sigue la dirección de las camillas, de donde no quita la vista.)

Hargand. *(Levanta la tela de la primera camilla. Un gran grito.)* ¡Ah! ¡Roberto, Roberto, hijo mío! *(Se lanza sobre el cadáver de su hijo.)* ¡Roberto!... ¡Roberto!

Magdalena. *(Siempre adelante.)* ¡Pobre muchacho! *(De repente hace un violento esfuerzo, se escapa de los brazos de las mujeres, y jadeante, huraña, corre hacia la otra camilla, de la cual levanta también la tela.)* ¡Juan... eres tú, tú!... *(Cae sobre la camilla, coge la cabeza de Juan y la abraza furiosamente. Las mujeres, viendo que ninguno es de su familia, se retiran. Las otras, bajo el cobertizo, continúan llorando. Gritos y sollozos de Magdalena y*

Hargand aún mismo tiempo, confundidos. Hargand está rodeado de Maigret y otros empleados de la fábrica. Magdalena, de la madre Cathiar y otras mujeres. Magdalena se levanta repentinamente, y, llevándose la mano al seno, exclama: ¡Basta de llantos! ¡Escuchadme! ¡No debéis llorar más!... ¡Mi hijo no está muerto! ¡Lo he sentido removerse en mis entrañas! ¡Vive, vive! ¡Yo quiero también vivir! ¡Vivir para él! ¡Viudas y madres afligidas que lo habéis perdido todo, que os han asesinado cuanto queríais en el mundo, oidme bien: no lloréis! *(Ninguna se mueve.)* ¿Me comprendéis? *(Silencio de las mujeres.)* ¡Os digo que mi hijo vive... que el hijo de Juan Roule no ha muerto! *(Ninguna se mueve.)* ¡Quiero deciros que vive y que lo educaré para que os vengue, para que nos vengue! *(Ninguna se mueve.)* ¿Me habéis comprendido? *(Silencio de las mujeres.)*

Maigret. Señor, es preciso que nos llevemos á Roberto al palacio.

Hargand. *(Llorando como un niño.)* ¡Hijo mío, hijo mío!

Maigret. *(Levanta á Hargand y deja caer la tela sobre la camilla.)* ¡Al palacio!

Magdalena. *(Se lanza sobre Maigret y lo rechaza.)* ¡Cuidado con tocar ese cadáver! Ese desgraciado no os pertenece... Es nuestro. *(Dirigiéndose á los camilleros.)* ¡Al montón, al montón! *(Luego vuelve á la camilla en que yace Juan Roule y quiere hablarle.)* ¡Viviré... vi... *(Una ola de sangre ahoga su voz. Se balancea y cae desfallecida sobre el cuerpo de su amante.)*

Luis Thieux. *(Sentado en el banco mira todo esto con estúpida expresión.)* ¡Hoy es la paga!... ¡La paga!

TELÓN

Fin del drama.

OCTAVIO MIRBEAU.

(Traducción de Antonio López Rodrigo.)

PARIS

(Continuación.)

—Mi pobre Pedro—murmuró lentamente—, dispénsame si no te digo nada, pues nada puedo decir... Y además, ¿de qué serviría, si no nos entenderíamos?... No digamos nada; disfrutemos tan sólo de la alegría de estar juntos, y hasta de querernos siempre.

Pedro levantó los ojos, y durante largo rato sus miradas se fijaron una en otra.

—¡Ah!—balbuceó—¡qué horribles son las cosas!

Pero Guillermo había comprendido bien la muda pregunta, y sus ojos contestaron sin apartarse, brillando con una llama muy pura.

—Nada puedo decirte—repitió—; pero cuando menos, querido Pedro, debemos amarnos.

Y entonces el abate le juzgó un instante superior á toda vil inquietud, al temor del culpable que tiembla por sí, considerándole, por el contrario, en la pasión de un gran designio, en la noble aspiración de guardar la idea soberana, el secreto que deseaba salvar; pero desgraciadamente esto no fué más que la breve visión de una esperanza vaga, pues todo volvía á caer en la duda, en la sospecha de las inteligencias que ignoran.

Un brusco recuerdo, un espectáculo horrible, acababa de evocarse en la mente de Pedro haciéndole estremecer, y balbuceó:

—¿No viste—hermano mío—, no viste en la puerta aquella niña rubia, tendida de espaldas, con el vientre abierto?

A su vez Guillermo se estremeció, y dijo con voz baja y penosa:

—Sí, sí, la he visto... ¡Ah! ¡pobre niña! ¡Oh! ¡qué atroces necesidades, qué espantosos errores de la justicia!

Entonces, en el horrible estremecimiento de lo que pasaba, en su horror á la violencia, Pedro sucumbió; ocultando su rostro entre la colcha, en el borde del lecho, sollozó con angustia: una crisis repentina, que hizo desbordar las lágrimas, tenía allí aniquilado, débil como un niño. Esto era como el resultado de todo cuanto había sufrido desde por la mañana; el dolor inmenso que le causaba la angustia y el sufrimiento universal, traducíase en aquel torrente de lágrimas que parecía no poder contenerse. Y trastornado también, Guillermo, que había apoyado la mano sobre la cabeza de Pedro para calmarle, con el ademán con que en otro tiempo acariciaba sus cabellos de niño, permanecía silencioso sin hallar consuelo, resignado á la erupción del volcán, siempre posible, al cataclismo que puede precipitar la evolución lenta en la naturaleza. ¡Pero qué desgracia para los míseros seres, para las existencias que las lavas arrastran á millares! Y Guillermo comenzó á llorar igualmente, en medio del profundo silencio.

—Pedro—dijo al fin con dulzura—, quiero que comas... ve á comer, oculta la luz del quinqué, y déjame solo; esto me aliviará mucho.

Fué preciso que Pedro le contentara; pero no cerró la puerta del comedor; y desfalleciendo de necesidad, sin echarlo de ver, comió de pie, atento el oído, por si acaso se quejaba su hermano; pero no oyó nada. El silencio parecía haber agrandado la casita, perdiéndose en la melancólica dulzura del pasado.

A eso de las ocho y media, cuando Sofía volvió de su comisión en Montmartre, Guillermo la oyó, á pesar de su discreto paso; agitóse, y quiso saber. Pedro corrió á informarle.

—No te inquietes—le dijo—, la vieja Sofía ha sido recibida por una señora anciana, que, después de leer tu carta, ha contestado simplemente que está bien. Ni siquiera le ha dirigido la menor pregunta, ni manifestado curiosidad.

Guillermo, comprendiendo que su hermano se admiraba de aquella serenidad, se limitó á decir con mucha calma también:

—¡Oh! basta que la abuela esté prevenida, pues bien sabe que si no vuelvo es porque no puedo.

Pero ya no le fué posible adormecerse, por más que la luz del quinqué estuviese oculta; abría los ojos, miraba á su alrededor, parecía escuchar más allá de las paredes, en la dirección de París. Fué preciso que el abate llamase á la criada para interrogarla, á fin de averiguar si al dirigirse á Montmartre había notado algo de extraordinario. Sofía manifestó sorpresa, contestando que no había observado nada. Además, el coche había ido por los bulevares exteriores, casi desiertos. Una ligera bruma comenzaba á extenderse, y en las calles había una humedad glacial.

A las nueve, Pedro comprendió que Guillermo no dormiría si no le daba noticias. En la fiebre que comenzaba, el herido tenía angustia, y acosábale la necesidad de saber si habían detenido á Salvat, y si éste había hablado. No lo confesaba, aparentando no tener ninguna inquietud personal, y sin duda era verdad; pero su gran se-

creto le ahogaba, y estremeciase al pensar que su descubrimiento, después de tantos trabajos y esperanzas, estuviese á merced de aquel alucinado de la miseria, que trataba de restablecer la justicia á fuerza de bombas. En vano el sacerdote trataba de hacer comprender que á semejante hora no se podía saber aún nada; y como su impaciencia aumentaba por instantes, se decidió á intentar por lo menos un esfuerzo para satisfacerle.

¿Pero á dónde ir, ó á dónde preguntar? En la conversación, Guillermo, pensando á quién podría haber pedido Salvat asilo, nombró á Jauzen, y hubo un momento en que tuvo idea de enviar á pedir noticias á casa de éste; pero después reflexionó que si Jauzen había tenido conocimiento del atentado, no era hombre para esperar en su casa á la policía.

—Iré á comprar para ti los diarios de la noche—repetía Pedro—; seguramente no contienen nada... En Neuilly conozco casi todo el mundo; pero no veo á nadie, como no sea á Bache...

Guillermo le interrumpió:

—¿Conoces á Bache, el consejero municipal?

—Sí, nos hemos ocupado juntos de buenas obras en el distrito.

—¡Oh! Bache es uno de mis antiguos amigos, y no conozco hombre más seguro. Ve á su casa y tráemele, yo te lo ruego.

Un cuarto de hora después, Pedro volvía con Bache, que habitaba en una calle inmediata; y no venía solo, pues encontró en su casa á Jauzen, lo cual le causó mucha sorpresa. Como lo había sospechado Guillermo, Jauzen, que había comido en casa de la princesa de Harn, tuvo sin duda allí conocimiento del atentado, y se guardó muy bien de pasar la noche en su pequeño alojamiento de la calle de los Mártires, donde la policía podría prenderle. Conocidas eran sus opiniones, y ya sabía que se le vigilaba siempre como extranjero anarquista, á quien se quería expulsar. Por eso creyó prudente pedir á Bache hospitalidad, porque era hombre de gran rectitud y muy servicial y podía confiarse á él sin temor alguno. Jamás se hubiera quedado en casa de Rosamunda, aquella mujer adorable y caprichosa, que hacía un mes le acosaba, buscando en él sensaciones nuevas, y cuyas relaciones consideraba él como inútiles y peligrosas.

Guillermo, alborozado al ver entrar á Bache y á Jauzen, quiso incorporarse en el lecho; mas Pedro exigió que permaneciese quieto, con la cabeza en la almohada, y sobre todo, que hablara lo menos posible. Mientras que Jauzen permanecía de pie y silencioso, Bache tomó una silla y sentóse junto al lecho, pronunciando amistosas palabras. Era hombre grueso, de unos sesenta años, con el rostro ancho, de franca expresión, y la barba blanca como el cabello; sus ojillos tenían la mirada vaga, y su boca, muy grande, entreabríase á menudo con una sonrisa de bondad. Su padre, sansimoniano ferviente, le había educado en el culto de la nueva creencia; y él mismo, respetándola, más tarde adoptó las ideas de Fourier, por una necesidad personal de orden y de religiosidad; de modo que se encontraba en él algo de las dos doctrinas. Hacia los treinta años se había ocupado también de espiritismo. Dueño de una pequeña fortuna, en su vida no tuvo más aventura que haber formado parte de la Comuna de 1871, sin saber bien por qué ni cómo. Condenado á muerte por contumaz, aunque figurase entre los moderados, había vivido en Bélgica hasta la amnistía; y en recuerdo de estas cosas, Neuilly le había elevado al Consejo municipal, menos, sin embargo, para glorificar á la víctima de la reacción ciudadana que para recompensar al muy buen hombre amado de todo el barrio.

En su necesidad de adquirir noticias, Guillermo debió confiarse á los dos visitantes, refiriéndoles la historia de la bomba, la fuga de Salvat, y la causa de su herida al querer apagar la mecha. Jauzen, que le escuchaba con su aire frío y su escuálida figura, con su cabello rubio y la barba muy rizados, dijo lentamente, esforzándose para corregir su acento extranjero:

—¡Ah! es Salvat... Yo creía que pudiera ser el pequeño Mathis... Me extraña que haya sido Salvat, porque no estaba decidido.

Y cuando Guillermo, ansioso, le preguntó si Salvat hablaría, contestóle al punto:

—¡Oh, no; oh, no!

Y añadió después con cierto desdén en sus ojos claros, de expresión dura:

—Sin embargo, no sé... Salvat es un sentimental.

Bache, á quien el atentado trastornaba, buscó al punto cómo se sacaría del paso á Guillermo, á quien estimaba mucho, en caso de una denuncia. Y este último debió sufrir, ante la frialdad desdeñosa de Jauzen, que se pudiese creer que temblaba por el único deseo de salvar su piel en aquella aventura. ¿Pero qué decirles, y cómo hacerles comprender la causa de su inquietud, sin confiarles el secreto que había ocultado á su mismo hermano?

En aquel momento, Sofia entró para decir á su amo que el señor Teófilo Morin le esperaba con otro caballero. Muy sorprendido de aquella visita tardía, Pedro pasó á la habitación inmediata para recibirlos. Había conocido á Morin á su regreso de Italia, y le ayudó á traducir y adoptar para las escuelas italianas un excelente resumen de las ciencias del día, tales como las exigen los programas universitarios. Hijo del Franco Condado, compatriota de Proudhon, con cuya pobre familia había tenido relaciones de amistad, é hijo de un oficial de relojero, se había educado con las ideas de Proudhon; y tierno amigo de los pobres, alimentaba por instinto, concentrada cólera contra la riqueza y la propiedad. Mas tarde, llegado á París como profesor, amante del estudio, se había dedicado con toda su inteligencia á Augusto Comte; y he aquí como era á la vez positivista ferviente y antiguo proudhoniano, que aborrecía la miseria. Su existencia honrada, uniforme y triste no había tenido más que un incidente novelesco: la brusca fiebre que le agitó, induciéndole á batirse en Sicilia á las órdenes de Garibaldi cuando se dió la epopeya legendaria de los Mil; y había vuelto á París como profesor secundario, ganando obscuramente su triste vida.

Cuando Pedro entró en la habitación, dijo á su hermano con voz conmovida:

—Morin me trae á Barthés, que cree estar en peligro, y que me pide hospitalidad. Guillermo, olvidándolo todo, se apasionó.

—¡Nicolás Barthés, un héroe, un alma noble! Le conozco, le admiro y le amo... Es preciso abrirle las puertas de par en par.

Bache y Jauzen se habían mirado sonriendo, y después, con expresión fríamente irónica, el último había dicho lentamente:

—¿Por qué se oculta el señor Barthés? Muchas personas le creen muerto, y es un aparecido que no atemoriza á nadie ya.

Hombre de setenta y cuatro años, Barthés había pasado cerca de cincuenta en la cárcel; era el eterno prisionero, el héroe de la libertad, á quien todos los gobiernos habían paseado de ciudadela en ciudadela. Desde su adolescencia alimentaba un sueño fraternal, combatía por una república imaginaria de verdad y de justicia, y al fin iba á parar á un calabozo para continuar su meditación humanitaria resguardado por triples cerrojos. Carbonario, republicano de la víspera, y sectario evangélico, había

conspirado á todas horas y en todos lugares, en incesante lucha contra el poder, cualquiera que fuese; y cuando la república llegó, esta república, que le había costado tantos años de cárcel, le redujo á prisión también, agregando algunos años de sombra á los que había pasado ya sin sol. Así seguía siendo el mártir de la libertad, y queríala á pesar de todo, aunque no existiese.

—Usted se engaña—replicó Guillermo, resentido del tono irónico de Jauzen—, pues ha de saber usted que de nuevo se piensa en desembarazarse de Barthés, cuya probidad intransigente molesta á nuestros hombres políticos, y hace muy bien si toma sus precauciones.

Nicolás Barthés entraba en aquel momento: era un anciano de elevada estatura, muy enjuto y delgado, con nariz aguileña, ojos ardientes aún bajo los profundos arcos superciliares, donde se veían algunos largos pelos blancos; boca desdentada, aunque fina aún, que se perdía en la barba, blanca como la nieve, lo mismo que el cabello, que caía sobre los hombros formando bucles. Detrás de él iba, modestamente vestido, Teófilo Morin, con sus patillas grises, su cabello gris rapado, sus anteojos y su aire de fatiga de antiguo profesor envejecido en la cátedra. Ni uno ni otro parecían extrañarse, ni esperaron una explicación al ver en la cama aquel hombre herido en la muñeca: no era necesario presentar unos á otros, y los que se conocían se limitaron á saludarse.

Barthés se inclinó sobre Guillermo y besóle ambas mejillas.

—¡Ah!—exclamó el segundo, casi alegremente—¡me infunde valor verle á usted!

Pero los dos recién venidos traían algunas noticias. En los bulevares se había producido extremada agitación; la noticia del atentado circulaba de café en café y arrancábase de las manos la edición tardía de un diario donde se refería el hecho, aunque muy mal, con detalles extraordinarios. En resumen, no se sabía nada preciso.

Pedro, al ver á Guillermo palidecer, le obligó á echarse otra vez, y como hablase de llevarse á los visitantes á la habitación inmediata, el herido dijo con dulzura:

—No, no, te prometo no moverme más ni abrir la boca. Permaneced ahí y hablad á media voz; yo te aseguro que me aliviará no estar solo y oiros.

Entonces, á la pálida luz del quinqué, se trabó una conversación sorda. El viejo Barthés, refiriéndose á la bomba, que consideraba como cosa abominable y estúpida, hablaba con el estupor de un héroe de las luchas legendarias, defendiendo la libertad que tanto tardaba en llegar, sin que él comprendiera absolutamente por qué. ¿Acaso no basta para todo la libertad conquistada ya?—decía.—¿Existe otro problema además del que tiene por objeto fundar la verdadera república? Y después de hablar de Mege y de su discurso pronunciado en la Cámara, censuró amargamente el colectivismo, declarando que era una de las formas democráticas del despotismo. Si Teófilo Morin se pronunciaba contra la organización colectivista de las fuerzas sociales, profesaba un odio más riguroso aún contra la odiosa violencia de los anarquistas, pues no esperaba el progreso sino por la evolución, y mostrábase indiferente en cuanto á los medios políticos que debía crear la sociedad científica de mañana. Ciertamente que Bache no amaba tampoco á los anarquistas, aunque le conmoviera el sueño idílico de la esperanza humanitaria que parecía estar en germen en el fondo de su rabia destructora; y encolerizábase también contra Mege, acusándole de no ser más que un retórico desde su entrada en la Cámara, un retórico que soñaba la dictadura. Y Jauzen, siempre de pie, con la sonrisa irónica en sus labios y su rostro helado escuchaba á los tres, sin pronunciar más que breves palabras, cortantes como una hoja de

acero, para expresar su fe en la anarquía, la inutilidad de los medios y la necesidad de lo absoluto: destruirlo todo para reconstruirlo todo.

Pedro, siempre junto al lecho, escuchaba igualmente con la mayor atención. Habiendo perdido todas sus creencias, y en el vacío á que esto le condujera, aquellos hombres, llegados allí de los cuatro puntos de las ideas del siglo, agitaban el terrible problema que á él le preocupaba tanto, cual era el de la nueva creencia esperada por la democracia del siglo próximo. Y desde los antecesores inmediatos, desde Voltaire, desde Diderot, y desde Rousseau, ¡qué continua afluencia de ideas, sucediéndose y chocando sin fin, prohiendo las unas á las otras, y estrellándose todas en una tempestad en que tan difícil era ver claro! ¿De dónde soplabá el viento? ¿A dónde iba la nave de salvación, y para qué puerto era preciso embarcarse? Pedro se había dicho ya que el balance del siglo estaba por hacer, y que debía, después de haber aceptado la herencia de Rousseau y de los demás precursores, estudiar las ideas de Saint Simón, de Fourier, del mismo Cabet, de Auguste Comte, de Proudhon, y de Karl-Marx también, á fin de darse por lo menos cuenta del camino recorrido, de la encrucijada á que se había llegado. ¿Y no era aquella la mejor ocasión, puesto que la casualidad reunía en su casa aquellos hombres, que llevaban las doctrinas vivientes y adversas que él se prometía examinar?

Pero al volverse, Pedro, vió á Guillermo muy pálido, con los ojos cerrados. ¿Sería que él mismo, en su fe por la ciencia, acababa de sentir la duda de las teorías contradictorias, desesperándose al ver que la lucha por la verdad acrecentaba el error?

—¿Sufres?—preguntó el sacerdote inquieto.

—Sí, un poco; procuraré dormir.

Todos se fueron después de muchos apretones de manos, y solamente se quedó Nicolás Barthés, acostado en una habitación del primer piso, que Sofía acababa de preparar. Para que no quedase solo su hermano, Pedro se echó en un canapé; y la pequeña casa recobró su tranquilidad de antes, ese silencio de la soledad y del invierno, que encerraba el melancólico estremecimiento de los recuerdos de la infancia.

Por la mañana, apenas dieron las siete, Pedro debió ir á buscar los diarios. Guillermo había dormido mal, á causa de haberse declarado una fiebre intensa; pero fué preciso que su hermano leyera los interminables artículos que hablaban del atentado. Era una mezcolanza extraordinaria de verdades, de inventos y detalles precisos con las más inesperadas extravagancias. *La Voz del Pueblo*, sobre todo, se distinguía por sus títulos y subtítulos en grandes caracteres, y por la página entera en que se daban informes acumulados á la casualidad. Sagnier guardaba sin duda para más tarde la famosa lista de los treinta y dos diputados y senadores comprometidos en el asunto de los caminos de hierro africano; y era interminable en sus detalles sobre el aspecto del pórtico del palacio Duvillard después de la explosión, el hundimiento del suelo, el techo del piso superior agrietado, y la puerta cochera arrancada de sus goznes. Después venía la historia de los hijos del barón, salvados como milagrosamente, y lo del landó intacto; mientras que el padre y la madre, según se afirmaba, se habían entretenido en la notable conferencia de monseñor Martha. Toda una columna se consagraba á la única víctima, á la pobre joven rubia y lindísima, á la pobre modista, con el vientre abierto, cuya identidad no se había demostrado claramente, aunque una nube de periodistas hubiese ido á la Avenida de la Opera, á casa de la maestra, y después al arrabal de San Dionisio, donde se creía que habitaba la abuela de la difunta. En un extenso artículo del *Globo*, evidentemente inspirado por Fonségue, ha-

ciase un llamamiento al patriotismo de la Cámara para que evitase toda crisis ministerial en medio de los dolorosos acontecimientos por que el país atravesaba. Durante algunas semanas más, el ministerio podría vivir casi tranquilo.

Pero á Guillermo no le había llamado la atención más que un detalle, y era que el autor del atentado permanecía desconocido. Seguramente, Salvat estaba libre, y ni siquiera se sospechaba de él. Muy por el contrario, parecía que se estaba siguiendo una pista falsa, la de un caballero bien vestido, y con guantes, á quien un vecino juraba haber visto entrar en el palacio en el momento de la explosión; Guillermo se tranquilizaba ya un poco al parecer, cuando su hermano leyó otro diario en que se daban detalles sobre la bomba que debió emplearse, una lata de conservas, relativamente muy pequeña, cuyos restos se habían encontrado. De nuevo volvió Guillermo á estar inquieto, cuando supo que se extrañaba que tan pobre aparato pudiese ocasionar destrozos tan considerables, y suponíase que se trataba de un nuevo explosivo de incalculable fuerza.

A las ocho, Bertheroy se presentó, muy despierto á pesar de sus setenta años, como un joven estudiante de medicina que corre á casa de su amigo para practicarle una ligera operación. Llevaba un lío de vendas con muchas hilas; pero se enojó al ver que el herido estaba muy colorado, nervioso y enardecido por la fiebre.

—¡Ah! hijo mío—exclamó—, veo que no ha sido usted razonable; habrá usted hablado con exceso, agitándose inútilmente.

Y después de examinar y sondear la herida con cuidado, añadió mientras que la curaba:

—Ya sabrá usted que el hueso está interesado, y le advierto que no respondo de nada si no es más juicioso. Toda complicación haría necesario amputar el miembro.

Pedro se estremeció, mientras que Guillermo se encogía de hombros, como para decir que no le importaba que le amputasen si todo se hundía á su alrededor. Bertheroy, que se había sentado, fijaba en los dos hermanos una mirada penetrante. Ahora conocía ya el atentado, y debía haber hecho sus reflexiones.

—Querido amigo—dijo, con su acento brusco—: no creo que sea usted quien ha cometido ese abominable disparate en la calle Godot-Mauroy; pero imagino que usted debía estar cerca del sitio... ¡No, no, no me conteste usted ni se defienda. No sé, no quiero saber nada, ni siquiera la fórmula de esa endiablada pólvora, cuyas señales he visto en el puño de su camisa, y que tan terribles destrozos ha causado.

Y como los dos hermanos se mostraban sorprendidos, é inquietos, á pesar de sus seguridades, añadió con expresivo ademán de franqueza:

—¡Ah! amigos míos, si ustedes supieran hasta qué punto me parece ese acto más inútil aún que criminal! Yo no siento más que desdén por las agitaciones vanas de la política, lo mismo tratándose de un revolucionario que de un conservador. ¿No basta la ciencia por ventura? ¿De qué sirve apresurar el tiempo, cuando un paso de aquélla hace progresar más á la humanidad hacia la justicia y la verdad que cien años de política y de revolución social? ¡Ah! crean ustedes que ella sola barre los dogmas, se lleva los dioses y trae la luz y la dicha... Yo, individuo del Instituto, con renta y condecoraciones, soy el único revolucionario.

Al decir esto comenzó á reírse, y Guillermo comprendió la ironía benigna de aquella hilaridad. Admiraba en él al gran sabio, y hasta entonces se había lamentado de verle siempre tan humilde y modesto en la vida dejando que llegasen hasta él la posición y los honores, siempre republicano bajo la República, pero dispuesto á ser-

vir á la ciencia fuera cual fuese su maestro. Y he aquí que aquel oportunista, aquel sabio, aquel trabajador que aceptaba de todas las manos la riqueza y la gloria, convertíase ahora en un terrible evolucionista, contando que su trabajo asolaría el mundo para renovarlo después.

—Vamos—dijo, levantándose para marcharse—ya volveré; sean ustedes razonables, y ámense mucho los dos.

Cuando quedaron solos, y Pedro, sentado siempre junto á la cama de Guillermo, sus manos se buscaron de nuevo, y estrecháronse en un apretón que expresaba toda su angustia. ¡Cuánto desconocido, cuánta miseria amenazadora alrededor de ellos! La luz gris de aquel día de invierno penetraba por la ventana y velábase los árboles negros del jardín; mientras que en la pequeña casa proseguía inalterable el silencio. Un sordo rumor de pasos era el único que se oía sobre sus cabezas; eran los de Nicolás Barthés, el heroico amante de la libertad, que habiendo dormido allí, comenzaba al rayar el día su paseo de león enjaulado, su habitual vaivén de prisionero eterno. Y en aquel momento las miradas de ambos hermanos se fijaron en un diario que había quedado abierto sobre la cama, en el cual se veía un croquis muy tosco, que tenía la pretensión de representar á la modistilla muerta, con el vientre abierto, junto á la caja de cartón y el sombrero de mujer. Era tan espantoso, tan atroz por su fealdad, que dos gruesas lágrimas brotaron otra vez de los ojos de Pedro, mientras que las miradas confusas de Guillermo fijábanse con desesperación en el espacio, buscando el porvenir.

EMILIO ZOLA.

(Se continuará.)

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)

SECCION GENERAL

La profecía de Leverrier.

No creo, como dijo un poeta y siente mucha gente, que todo tiempo pasado sea mejor, sobre todo refiriéndose á la marcha evolutiva y progresiva de la humanidad, porque es evidente que á mayor distancia de la realización de un progreso, corresponde peor estado; pero hay sucesos en la vida, que por haber afectado á nuestra inteligencia y á nuestro sentimiento de manera gratísima, la imaginación los embellece y se recuerdan con especial complacencia.

A este género pertenece el que me ocupa en este momento.

El anarquismo barcelonés había gozado un período de esplendor: grandes veladas artístico-revolucionarias conmemorando la *Commune* de París y el sacrificio de los mártires de Chicago, mítins de propaganda con diversos motivos, victoriosas discusiones con los sabios del Ateneo burgués, el Certamen del Palacio de Bellas Artes, la publicación de *Acracia* y de *El Productor*, las expansiones del Círculo de la calle de

San Olegario; todo ello tan hermoso, tan ingenuo, tan bueno y tan feliz, y que por ser patente muestra de la moralidad é inteligencia de los trabajadores barceloneses, causaba angustiosos recelos á sus explotadores, había tocado á su término, dando la razón, al parecer, á los que torpe ó interesadamente predicán que tras la manifestación franca y resuelta del ideal revolucionario, sólo cabe la represión reaccionaria; como si fuera posible jamás el triunfo de una idea sin esas manifestaciones, y también como si no fuera lógica la afirmación contraria, á saber: que tras la infamia y el cinismo conservador ha de venir la irritación, no diré de los revolucionarios, sino de toda persona de juicio sano y de conciencia recta.

En efecto, la malicia burguesa y la astucia autoritaria, asustadas ante la magnitud de aquel movimiento proletario, habían entrado en el terreno de la arbitrariedad y tramaban pérfidos planes.

La inacción obrera, á pesar de todo, no se podía prolongar; latente y comprimida la potente suma de iniciativas y actividades, pronto buscó nuevo modo de manifestarse.

Véase cómo: á últimos de Abril de 1893 se me avisó de que el domingo próximo, víspera del 1.º de Mayo, se trataba de celebrar una fiesta campestre. Puntual á la cita, me encontré con una cuarentena de amigos, entre los cuales recuerdo Tarrida, Pellicer, Esteve, Fo, Nacher, Alcoy, Torrents, Oller (Cayetano), Brías, Freixa, Ferrer, etc.; algunos de los cuales murieron ya en tristes circunstancias; otros ruedan por el mundo difundiendo las ideas, y el resto vegetan en Barcelona, no pocos retirados á los cuarteles de invierno de la vejez.

El día era espléndido; en una espaciosa torre ó quinta de recreo de Vallcarca, compuesta de casa, huerto, jardín, fuente y extenso comedor campestre; situada en la vertiente de una colina, que por tener delante otra mayor ocultando la vista del poblado llano de Barcelona causaba la impresión de agradable soledad, rodeada, en cierto simétrico desorden, por elegantes construcciones que recordaban villas griegas y romanas, nos instalamos, y pronto un succulento almuerzo preparado por compañeros de aficiones culinarias y dirigido por Alcoy, excelente cocinero y mejor anarquista, dió suelta á la alegría, expansión al buen humor y amplitud á las manifestaciones de la amistad.

Pasamos el día recorriendo aquella hermosa campiña saturada de aromas de flores silvestres y de las que en profusión allí se cultivan, corrimos y nos revolcamos sobre la fresca hierba, cantamos el famoso himno anarquista y comimos á última hora de la tarde.

El objeto de la reunión no se reveló hasta el final. Terminada la comida y á la débil luz del crepúsculo, Pellicer dió lectura á un proyecto de Círculo de Estudios Sociales.

Palabra creadora, síntesis de vida, demostración del poder de la idea: eso era aquel escrito que tan en absoluta concordancia se hallaba con los pensamientos y sentimientos de los concurrentes. Bastó una primera audición del proyecto, para que todos lo consideraran, más que como embrión, como realidad viviente, sintiendo que los minutos empleados en su lectura no se convirtieran instantáneamente en el tiempo necesario para que tuviera robusta vida y gloriosa historia.

La aceptación del pensamiento se manifestó por entusiastas discursos, que auguraban brillante porvenir á la naciente institución. No dejó de apuntar el pesimismo, maldito germen que ahogó en flor la que debió de ser brillante existencia de riqui-

mos y abundantes frutos: uno de los oradores, que gozaba fama de ilustrado por ser de los que leen mucho, tienen buena memoria y fácil palabra para hacer gala de erudición, no siempre oportuna, deslizó dudas pesimistas acerca del ideal revolucionario.

Considerando que si aquella palabra venenosa no hubiera sido anonadada por rotunda y salutífera negativa, quedaría en aquella reunión, manantial de vida, un germen destructor, causa de muerte, levantóse uno impulsado por súbita inspiración, y dijo:

—¡Alto ahí! Para el anarquista, el ideal de justicia en la sociedad y de felicidad en los individuos, es intangible; en eso principalmente nos diferenciamos, de cuantos de nosotros se hallan apartados, por rendir tributo al principio de autoridad. Nuestro ideal no puede ser puesto en duda por preocupaciones escolásticas ni por rutinas oportunistas. Si todo poder es tiranía, y, por tanto, un mal de que ha de dar cuenta el progreso, no podemos, sin culpable abdicación del pensamiento y sin quedar rezagados como cualquiera de los partidos autoritarios, transigir con el poder, ni aun en su forma y condición más liberal imaginable. Podrán surgir entre nosotros dudas de detalle, de organización, secundarias; pero todo el que se llame anarquista ha de convenir en la perfecta capacidad del individuo para gobernarse á sí mismo y en la absoluta destitución de la autoridad. ¿Cómo se llegará á esta destitución? ¿Cómo funcionará la sociedad anarquista? ¿Cómo llenará su cometido de dejar suelto y amplio desarrollo á todas las facultades individuales y colectivas? Harta está ya la humanidad de abandonar teorías prematuras sin justificación racional y práctica; en buena hora que no demos nosotros una más destinada á desaparecer, pero no midamos al ideal con el mismo rasero. Por eso, dejando á un lado las escuelas regresivas, las estacionarias y aun las que dan al progreso formas derivadas de los absurdos que sirven de fundamento al privilegio, tenemos principalmente dos escuelas anarquistas: el colectivismo y el comunismo; ¿cuál es la preferible? No lo sé; lo saben menos, probablemente, muchos de los que por una de ellas se apasionan; y digo esto sin ánimo de ofender á nadie y únicamente por servir á la verdad; cuando se disputa por un nombre preferido, es señal de que la verdad es desconocida y de que la evidencia no ilumina por igual todas las inteligencias; se camina á tientas en medio de la obscuridad: dos y dos son cuatro para todo el mundo, lo mismo para el salvaje del interior del África, que para el académico más eminente. Precisamente para que los celos y aun los odios injustificados cesen, aumente el conocimiento, la verdad resplandezca y la voluntad recobre la cohesión y fuerza necesaria para abatir el error y anonadar la injusticia, se crea, como uno de tantos medios conducentes á tan laudables propósitos, el Círculo de Estudios Sociales que con la lectura del proyecto acaba de instituirse, y en él nos despojaremos de preocupaciones, adquiriremos ciencia positiva, y la pasión, sol de la vida, que ciega al ignorante, hará de nosotros entusiastas revolucionarios.

Lo mucho que en punto á sociología ignoramos aún é ignoran más todavía los que profesan ideas antiprogresivas, no puede ser obstáculo á lo absoluto del ideal, y para demostrarlo, más que á una argumentación hija de un ingenio que puede resultarme poco concluyente, apelaré á un dato histórico-científico que, á pesar de serme conocido superficialmente, considero más sugestivo: había un astrónomo tan conocedor de la mecánica celeste, que, observando ciertas circunstancias inexplicables aún, que ocurrían en nuestro sistema planetario, emprendió su explicación, obteniendo como resultado la convicción de la existencia de un planeta desconocido. Sus cálculos le llevaron á indicar el punto del espacio y aun el día en que podría vérselo, y, en efecto,

como si la fe científica fuese mágico conjuro capaz de anonadar las negaciones y aun las burlas y reticencias del ignorante pesimismo, el planeta se hizo visible, y un mundo más fué inscrito en el catálogo de los conocimientos astronómicos.

Nuestro caso es idéntico: hay perturbaciones sociales debidas á que el individuo y la colectividad se hallan aún fuera de su esfera propia; el mal predomina, la injusticia reina como señora absoluta y el bien queda reducido á la categoría de aspiración ideal; no importa que haya quien, en nombre del privilegio, sostenga por egoísmo que la injusticia no tendrá fin, ni que se suponga el absurdo de que un dios haya profetizado que siempre habrá pobres en el mundo, porque lo cierto es que el progreso sigue una marcha incesante; que progreso significa perfección ascendente, y que las perfecciones sucesivas, sistematizadas y metodizadas científicamente, han de dar á la humanidad, nadie puede dudarlo, aquella edad de oro ó aquel Paraíso terrenal que los poetas y los místicos supusieron existente al principio de los tiempos.

Gran efecto causaron estas palabras: la supuesta utopía, aceptada como una consoladora esperanza y acariciada como un sueño de amor, se revelaba con tanto positivismo como el resultado de un cálculo, y aquel futuro de plazo indefinido se imponía con tanta evidencia como un acontecimiento de presente. Los corazones rebosaban de alegría, y los aplausos y las aclamaciones estallaron con ímpetu unánime.

Digno coronamiento del acto fué la oración de Tarrida; pero ¿quién es capaz de reunir en un recuerdo una de aquellas brillantes improvisaciones?

Confirmó la cita histórico-científica, diciendo que Leverrier, célebre astrónomo francés, observó ciertas perturbaciones en el planeta Urano, que se suponía el último de nuestro sistema planetario por hallarse situado á mayor distancia del sol. Su constante observación, la rectitud de su juicio y la exactitud de sus cálculos, le demostraron la existencia de otro planeta, y, en efecto, en el día previamente señalado, coincidiendo con otros dos astrónomos, inglés el uno y alemán el otro, que tuvieron el mismo pensamiento, trabajando cada uno separadamente, se presentó el nuevo planeta en los campos de los tres telescopios que desde Inglaterra, Francia y Alemania esperaban su aparición. Así nosotros, el proletariado militante, esta entidad que se mantiene una á pesar de cuantas causas de desunión creó el privilegio y el error, profetiza la aparición de un nuevo astro, sol de libertad y justicia, que en el catálogo de las evoluciones revolucionarias se inscribirá como un hecho positivo cuando la obcecada burguesía se juzgue más segura y se muestre más confiada en el goce de sus usurpadas riquezas.

Aquellas inspiradas palabras, repercutidas por el eco en el silencio de la noche en medio de aquella soledad, conmovieron profundamente á los circunstantes, y su efecto no se ha desvanecido, antes al contrario, embellecidos con la poesía del recuerdo, se han extendido por el mundo; las oímos en Montjuich, en las prisiones militares y la cárcel de Barcelona; resonaron después en Perpignán, en Marsella, en Cette, en París, en Londres, en Bruselas, en muchas ciudades de América, principalmente en Buenos Aires, y últimamente se han oído en el puerto de Barcelona, á bordo del *Pelayo*, con admiración y asombro de marineros y soldados rasos, que se han dado cuenta de que hay algo en el mundo grande, noble y sublime, que no se simboliza en el trapo amarillo y rojo.

Fracasó el Círculo de Estudios Sociales de Barcelona; el odio burgués quedó triunfante, al parecer, por unos medios que horrorizarán al mundo cuando la historia consigne su última palabra acerca de las recientes persecuciones contra el proletaria-

do; pero ¿cuántos importantes y poderosos núcleos de propaganda se han creado en su consecuencia?

¡Día bendito, hermoso y fecundo! ¡A ti se debe que el anarquismo barcelonés fructifique hoy en Francia, Bélgica, Inglaterra, Estados Unidos, Cuba, Uruguay, la Argentina, el Brasil, Chile y hasta en Australia; es decir, en los cuatro puntos cardinales y aun en los antípodas!

¡Ah, nunca con mayor certeza y seguridad pudo decirse: el porvenir es nuestro!

ANSELMO LORENZO.

EL 18 DE MARZO

Han pasado treinta años desde aquel memorable día, desde el 18 de Marzo del 71. Al amanecer las campanas tocaban á arrebató, y sin sentir apenas la tierra que hollábamos bajo nuestra planta, subimos precipitadamente á las alturas de Montmartre, en cuya cima se hallaba todo un ejército formado en orden de combate. No esperábamos poder volver de allí aun cuando todo París se hubiera levantado. Ya los soldados se ocupaban en enganchar á los cañones que tenía en ese lugar la guardia nacional los caballos que habían traído aquella misma noche de Batignolles. ¡Y, cosa admirable!, las mujeres, de cuya presencia ninguno nos habíamos dado cuenta, interponiéndose entre nosotros y la tropa se lanzaron sobre los cañones, en tanto que los soldados permanecían inmóviles.

En el momento que el general Lecomte dió la orden de hacer fuego sobre la multitud, un subalterno (Verdaguerre) dió un paso al frente, y, ahogando la voz de aquél con la suya, gritó: «Culatas arriba.» Y á él fué á quien obedecieron los soldados, que fraternizaron con el pueblo; entonces el sol brillante de la primavera pareció iluminar amoroso á la libertad, á la grande y victoriosa libertad, cuya conquista creíamos haber realizado para siempre.

En vez de esto sobrevino la catástrofe. Más se acercaba á los cien mil, que á los veinte mil declarados oficialmente, el número de los cadáveres que fueron enterrados en todas partes, en los fosos de la ciudad, bajo el pavimento de las plazas y calles, ó quemados en los cuarteles, en la Plaza de la Concordia y en otros lugares. Los que descansan bajo la vía pública suelen aparecer de cuando en cuando, encontrándose, al hacerse las excavaciones, esqueletos enteros envueltos en restos de uniformes de guardias nacionales; pero las cenizas de los otros han sido esparcidas por el viento sobre toda la superficie del planeta.

De esa época acá han transcurrido treinta años, y aunque algunos pretendan decir que la libertad se halla más lejos que nunca de nosotros, el hecho es que se encuentra mucho más cerca; tanto que, los que la combaten, han tenido que apelar al recurso extremo de sembrar el germen del odio entre los revolucionarios, olvidando que llegará un día en que este sentimiento mismo servirá de estímulo para despertar el deseo de venganza contra el enemigo común, ese monstruoso pasado que, resistiéndose á morir, se ve, sin embargo, agonizar sumergido en la sangre de sus víctimas.

Lo que matará á la vieja sociedad son sus crímenes, los cuales se hacen tanto mayores cuanto más cerca se halla del borde del abismo. Así como no es posible que

nos contentemos con volver á las condiciones del antiguo hombre de las cavernas, tampoco puede suponerse que el de nuestros días se conforme con seguir viviendo en medio de la iniquidad, la injusticia y la prostitución. Los asesinatos, los saqueos y las espantosas matanzas que hoy tienen lugar en China en nombre de la civilización, cubiertas bajo el manto de un militar y clerical legalismo, no serían ya posible en Europa sin que todas las naciones se levantaran presa del espanto y el horror; ni guerras parecidas á la del Transvaal podrían estallar entre nosotros si nos fuera dado ver los miles de muertos de una y otra parte que cubren las lejanas montañas africanas lanzando una maldición sobre la tierra entera. Jamás, después de tan horrible y dura lección, hubiera podido la rapacidad capitalista renovar atrocidades semejantes.

¡He dicho que el término de la jornada se aproxima! Por eso los Abdul Hamid del mundo tiemblan en medio de sus locuras criminales y sanguinarias, y al sentir que les falta el terreno bajo sus pies, se ven obligados á refrenar su crueldad.

El hombre no ha sido hecho para ser víctima ni verdugo, ni para arrastrar una existencia de odios, desesperación y continua miseria; si tales males nos afligen, se debe á la estupidez y cobardía universal. ¿Acaso los monstruos, que los héroes legendarios del porvenir tendrán que exterminar, no son la guerra, la miseria, la opresión y la ignorancia? El verdadero ideal se presenta ante nuestra vista en forma más clara y distinta que hace treinta años, y á todos y cada uno corresponde, realizando cada cual su misión, el echar las bases de estos nuevos tiempos durante los que, por muchas sorpresas que nos reserven los años, la marcha va encaminada hacia una meta que ya no es un misterio, y que no es posible desconocer. Con la vista fija en la estrella de redención, avancemos hacia adelante sin temor; los días de la indecisión y la duda tocan á su término. Verdad es que nos queda mucho que aprender respecto á la extensión, grandeza, hermosura y alcance de la obra; ¿pero por ventura las gigantescas columnas que el antiguo Egipto transportaba de un lugar á otro por medio de los firmes brazos de millones de esclavos, no se hubieran podido mover si los encargados de ejecutar ese trabajo hubiesen sido hombres libres? ¿Será empresa demasiado difícil el crear en torno de la cuna de una humanidad libre el ancho y amplio espacio que se necesita para el natural desarrollo de la justicia, la verdad, la ciencia, el arte y las maravillas, á que darán nacimiento una nueva concepción de la libertad y de lo verdadero?

El 18 de Marzo que vimos hace treinta años, fué magnífico; en el primer momento conmovió á todas las naciones. El nuevo 18 de Marzo será el de todos los hombres conscientes, cuyo número es ya considerable; el de todos los espíritus nobles y elevados, el de todo corazón generoso que lata en el pecho de la humanidad; y todos estos combinados esfuerzos, clamando por la libertad, concluirán por despertar la tierra.

El 18 de Marzo, la aurora de la *Commune* fué espléndida, y más todavía su crepúsculo, en Mayo, en la grandeza de la muerte.

Las debilidades y los errores que la *Commune* pudo cometer deben ser perdonados ante la fiereza y majestad de la caída; ante ese desprecio de la vida que constituye uno de los factores más importantes en todo combate por la libertad.

El sentimiento predominante, después de la victoria del 18 de Marzo, era de alegría por haber conseguido la deliberación, de verdadera satisfacción por haber alcanzado libertades en que asentar una grande y noble república. El Manifiesto del Comité Central se expresaba en estos términos:

Ciudadanos: El pueblo de París ha sacudido el yugo que pesaba sobre él. Con la tranquilidad característica de los que tienen consciencia de su propia fuerza, la ciudad ha esperado sin temores ni provocaciones y con calma y serenidad el ataque indigno de los que pretendían asesinar á la república. Pero esta vez nuestros hermanos del ejército se han negado á poner la mano sobre el arca santa de la libertad.

Pronto, sin embargo, los soldados, embriagados con la calumnia y el alcohol, obedecieron las órdenes de Versalles, que les mandaba exterminar. Esta, como siempre, es la eterna historia de la disciplina que convierte á los hombres en máquinas, haciendo que asesinen tan inconscientemente á sus semejantes, como la piedra tritura el grano en el molino.

Digo y repito que el hombre no ha nacido para arrastrar una existencia en que dominen el crimen y el dolor, y es necesario que todos comprendan bien esto, viendo el por qué de una parte nos negamos á torturar y de la otra á ser torturados. Bien sabemos que por todos lados no se ven más que muestras de las infamias más terribles; pero es necesario que rehusemos tomar parte en su realización. Esa es la clave del problema.

El 18 de Marzo del mundo entero será como un majestuoso y brillante sol elevándose en todo su apogeo sobre virginales alturas, y entonces los nuevos tiempos de paz y de ventura empezarán para la humanidad.

LUISA MICHEL.

(Traducido por Salvachea)

Con este número termina el tercer tomo LA REVISTA BLANCA y con él el hermoso drama de Octavio Mirbeau; en el próximo empezaremos nueva numeración y una obra teatral titulada *Se volvieron las tornas*, debida á la pluma del insigne poeta inglés William Morris.

Habiendo observado que los dramas sociales y psicológicos son del gusto de nuestros lectores, preparamos una serie de obras de autores españoles y extranjeros, de los que no se hayan representado ó se hayan representado poco en España. Además, tan pronto como nuestro amigo y compañero Urales termine *La evolución de la filosofía en España*, empezará á escribir la tragedia en siete actos y varios cuadros titulada *El castillo maldito*, que será una reproducción exacta del tenebroso proceso de Cambios Nuevos, con tormentos, documentos históricos, planes de la reacción y todos los personajes que intervinieron en aquel gran crimen, así en calidad de víctimas como en clase de verdugo. Los lectores de esta REVISTA serán los primeros que conocerán *El castillo maldito*.

Cuando nuestras fuerzas lo permitan haremos un índice aparte de los tres tomos que van publicados, al objeto de facilitar la lectura y consulta de los mismos. Desde el número próximo cambiaremos la letra y el papel, siguiendo las novedades de las Revistas extranjeras.